



Universidad Nacional
de La Plata



Instituto de
Relaciones Internacionales



Departamento de
Medio Oriente

Título del Trabajo:

EL ÉXITO DE OSLO VERSUS EL FRACASO DE CAMP DAVID II:
UN ESTUDIO A PARTIR DE LAS TEORÍAS DE NEGOCIACIÓN

Autor:

Julia Hoppstock

Ponencia presentada en las
Quintas Jornadas de Medio Oriente

La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina

10 de noviembre de 2004

Desde su surgimiento, el manejo del conflicto árabe-israelí ha demostrado dos lógicas contrapuestas: una basada en la confianza en la diplomacia y en las negociaciones de paz; y otra consistente en el apoyo a la solución militar, y, por ende, conducente a la guerra. Esta última lógica se ha manifestado en los siguientes conflictos: la Guerra de 1948-9; la Guerra del Canal de Suez (1956); la Guerra de los Seis Días (1967); la Guerra de Yom Kippur (1973); la Guerra del Líbano (1982); la Primera Intifada (1987-1993) y la Segunda Intifada (2000-hasta la actualidad). En tanto, la segunda lógica de cooperación se expresó no sólo en el tratado egipcio-israelí de 1979 y en el acuerdo jordano-israelí de 1994, sino también en las Conferencias de Madrid de octubre de 1991, y específicamente en los dos casos específicos de la historia del conflicto árabe-israelí que nos interesa analizar comparativamente en esta investigación: los **Acuerdos de Oslo** del 13 de septiembre de 1993, y la **Cumbre de Camp David II**, realizada entre el 11 y 25 de julio de 2000.

Los Acuerdos de Oslo, o La "Declaración de Principios sobre Acuerdos Provisorios de Autonomía" (DOP en sus siglas en inglés) marcaron una ruptura singular en el conflicto entre los árabes y los judíos en Palestina. El 13 de septiembre de 1993 -día en que la DOP se firmó en la Casa Blanca con un apretón de manos histórico entre el primer ministro israelí Yitzhak Rabin y el jefe de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) Yasser Arafat- quedó registrado como uno de los sucesos más importantes en la historia del siglo XX del Medio Oriente. Así lo pensaba Rabin, quien declaró lo siguiente: "Es un momento histórico, que esperanzadamente va a traer fin al derramamiento de sangre entre palestinos e israelíes que ya lleva cien años..." (Rabin 1993, citado en Shlaim, 1994: 25). En las palabras de la propia declaración, había llegado la era de terminar con décadas de confrontación y conflicto, alcanzando una "reconciliación histórica", y "una paz duradera y comprensiva".¹ Los Acuerdos de Oslo poseían dos partes: en primer lugar, consistían en un intercambio de cartas fechado el 9 de septiembre de 1993 entre la OLP e Israel; y, en segundo lugar, comprendían los documentos firmados el 13 de septiembre de 1993. En la carta enviada por Arafat a Rabin, el jefe de la OLP no sólo aducía a la firma de la DOP como una nueva era en la historia del Medio Oriente, sino que también confirmaba los siguientes compromisos de la OLP: el reconocimiento del derecho de Israel a vivir en paz y en seguridad; la aceptación de las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas²; la renuncia al terrorismo y a otros actos de violencia,

¹ El texto entero de la Declaración de Principios se obtuvo del sitio de Internet del gobierno de Israel (<http://www.israel.org>).

² La resolución 242, adoptada el 22 de noviembre de 1967 por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, reclamaba, entre otras cuestiones, el retiro de Israel de los territorios ocupados durante la Guerra de los Seis Días; el fin al estado de beligerancia de la Guerra de 1973 y el reconocimiento de la soberanía, y la integridad e independencia política de todo estado en la región y su derecho a vivir en paz dentro de fronteras seguras y reconocidas. En tanto, la resolución 338, aprobada el 22 de octubre

como la responsabilidad sobre todos los elementos y personal de la OLP como para prevenir violaciones; y, por último, el compromiso de modificar aquellos artículos de la Carta Nacional Palestina que negasen el derecho a existir del estado judío, y que fuesen inconsistentes con los compromisos asumidos. Por otro lado, en la correspondencia de Rabin a Arafat, el premier laborista israelí confirmó, que, a la luz de los compromisos de la OLP, el gobierno de Israel había decidido reconocer a la misma como la representante legítima de la nación palestina.³ En tanto, los documentos firmados el 13 de septiembre de 1993 dictaminaban una agenda para el auto-gobierno palestino interino durante un período de cinco años. En un principio, dicho auto-gobierno se establecería en la Franja de Gaza y en el área de Jericó (en Cisjordania), extendiéndose al resto de Cisjordania para julio de 1994. Además, se proponía la disolución de la administración civil israelí en los territorios ocupados, como la elección democrática de un Consejo Palestino, lo que, bajo supervisión internacional, se llevaría a cabo, como máximo, luego de nueve meses del inicio de la puesta en práctica de la Declaración de Principios. También, el acuerdo establecía que los temas del control de Jerusalén, los refugiados palestinos, los asentamientos judíos en Gaza y Cisjordania, los arreglos de seguridad, y las fronteras serían tratados en las negociaciones permanentes, las que deberían comenzar lo antes posible, pero a más tardar en el tercer año del período del gobierno interino. Así, Yoel Singer tenía razón cuando estableció que la DOP era "...un acuerdo para obtener un acuerdo que [dejaba] los detalles a ser negociados entre las partes" para más adelante (Singer, 1994, citado en Schvindlerman, 2002: 147).

La Cumbre de Camp David II, que tuvo lugar del 11 al 25 de julio de 2000, fue el encuentro más importante entre palestinos e israelíes desde la firma de la Declaración de Principios en septiembre de 1993. Las negociaciones representaban la etapa final del proceso de paz iniciado hacía siete años, donde, tal como lo había previsto el esquema de los Acuerdos de Oslo, Arafat y el líder israelí, Ehud Barak, resolverían los temas más controvertidos del conflicto. Si el proceso de Oslo era un experimento, el mismo sería puesto a prueba en Camp David II: por primera vez en la historia del conflicto árabe-israelí, había llegado la hora de poner sobre la mesa las cuestiones que conformaban el meollo del conflicto, tales como los asentamientos judíos en los territorios de Gaza y Cisjordania, el status de Jerusalén, los refugiados palestinos, las fronteras de un posible estado independiente palestino, y el control del agua. Los negociadores palestinos e israelíes, ayudados por la mediación del presidente norteamericano Bill Clinton, tendrían que encontrar la

de 1973 por el Consejo de Seguridad, pedía la implementación de la resolución 242, como el auspicio de negociaciones tendientes a establecer una paz justa y duradera en la región (Russell y Samoilovich, 1979: 149-141, 188).

³ El contenido de las cartas enviadas entre Arafat y Rabin se extrajo del sitio de Internet del gobierno de Israel (<http://www.israel.org>).

cuadratura del círculo para llegar a un acuerdo sobre lo que hasta ese momento había parecido imposible. A pesar de que Barak fue más allá que cualquier otro líder israelí en romper el tabú del tratamiento de las cuestiones que estaban en el corazón del conflicto, las negociaciones de julio de 2000 entre Arafat y Barak se frustraron, sin poder llegarse a convenir tratado alguno. Por esto, identificar las variables que llevaron a que no se firmara un acuerdo, es lo que nos proponemos realizar en este trabajo, a través del testeado de las siete hipótesis derivadas de las teorías de negociación internacional al caso específico de Camp David II.

Cabe destacar que, a lo largo de este trabajo, entiendo como **éxito** de una negociación a la **firma de un acuerdo de paz** entre las partes, y, en consecuencia, al **fracaso** como la **no llegada a un tratado**. Dado que en Oslo se firmó una Declaración de Principios, dicha negociación puede considerarse como un éxito. En cambio, Camp David II resultó ser un fracaso, debido a que, si bien se iniciaron las negociaciones, no se pudo pasar a una segunda etapa de arribo a un tratado de paz. En efecto, **el objetivo de este trabajo es explicar por qué Oslo resultó ser un triunfo, mientras que Camp David II culminó siendo un fracaso**. Para ello, se utilizarán las **variables independientes que las teorías de la negociación** más citadas y reconocidas de las relaciones internacionales exponen para dar cuenta de las mayores probabilidades de triunfo de una negociación. Así, el fin de esta investigación será ver **qué variables presentadas por las teorías de negociación dan cuenta que Oslo haya tenido un resultado exitoso, y que la Cumbre de Camp David II haya terminado sin arreglo alguno**. De hecho, a partir de cada una de las variables propuestas por dichas teorías, se formularán **cuatro hipótesis**, las que serán testeadas a los casos específicos de Oslo y de Camp David II. De esta manera, utilizaré el método comparativo de demostración paralela de teorías, tal como lo presentan Theda Skocpol y Margaret Somers (1980), método deductivo por el cual primero se deben elaborar hipótesis a partir de las teorías, y luego, testear dichas hipótesis a los casos históricos particulares. De modo que, en las próximas secciones, no sólo probaré las teorías de negociación y las hipótesis surgidas a partir de ellas, sino que también, identificaré las variables que explican el éxito de Oslo y el fracaso de Camp David II, como también aquellos **factores que aparecen como necesarios para forjar, de aquí en un futuro, un acuerdo de paz que acabe con la amenaza representada por el conflicto árabe-israelí para la estabilidad de Medio Oriente**.

Las teorías de negociación internacional: Hipótesis y verificación en Oslo y Camp David II

Tal como lo establece Arild Underdal (1991), el objetivo último de las teorías de negociación es predecir y explicar **el resultado** de las negociaciones. De este modo, la teoría de negociación nos proporcionará las variables a partir de las cuales entenderemos por qué se produjo el éxito de Oslo y el fracaso de Camp David II. En esta sección, desarrollaremos en detalle las teorías de la negociación internacional más reconocidas, y, a partir de cada una de las variables presentadas por las mismas, formularemos las cinco hipótesis que serán verificadas, una por una, en las negociaciones de septiembre de 1993 y de julio de 2000.

Hipótesis 1: La intervención de una tercera parte

La mediación consiste en una forma de intervención no coerciva, y no vinculante, en la que un tercero (ya sea un estado, un organismo internacional, o un individuo) se involucra y ofrece su ayuda allí donde las partes por sí solas no pueden llegar a un acuerdo de paz. (Touval y Zartman, 1996: 445). Según la tipología de Zartman y Touval (1996) existen tres categorías distintas de comportamiento de las terceras partes, cada una de ellas con un grado ascendente de involucramiento, y, que, en su conjunto, describen el rango pleno de las técnicas de mediación. De este modo, el tercer actor puede actuar como un comunicador, como un formulador o como un manipulador (Zartman, 1991a: 72). Como **comunicador**, el mediador simplemente abre la posibilidad de diálogo entre los rivales, provee la información faltante, y permite que los intereses de las partes sean discutidos (Bercovitch, 1997: 137). En consecuencia, la tarea del comunicador es puramente procedimental, sin que el mediador haga contribución sustantiva alguna (Zartman y Touval, 1996: 454).

Como **formulador**, el tercer actor interviene en la sustancia de la negociación, dado que aporta sus propias percepciones acerca de lo que sería un acuerdo deseable, ideas a las que las partes por sí solas no podrían arribar. Dado que el conflicto hace que las partes no puedan elaborar fórmulas para terminar con la disputa, dicha tarea queda en manos del mediador, quien realiza propuestas y recomendaciones sustantivas, y sugiere concesiones que las partes pueden realizar (Zartman y Touval, 1996: 454).

Como **manipulador**, la tercera parte asume el máximo grado de involucramiento, aportando no sólo sus ideas, sino también su propio poder y recursos para llevar a las facciones rivales hacia un acuerdo. El manipulador busca influenciar el resultado de las negociaciones, premiando a las concesiones realizadas a través de incentivos no-coercivos ("zanahorias")⁴, y amenazando la retirada de la mediación o la imposición

⁴ Las "zanahorias" se refieren a las promesas (acciones hipotéticas) o recompensas (hechos reales) que las terceras partes otorgan a los contendientes para que acepten un compromiso y, para que, por ende, se pueda materializar algún grado de cooperación mutua (Pearson y Rochester, 2000: 245).

de incentivos coercivos ("palos")⁵ (Bercovitch, 1997: 138). Cuánto más se acerque la tercera parte al rol de manipulador, aumentarán las probabilidades de éxito de una negociación.

Tanto para Barbara Walter (1999; 2002) como para Lake y Rothchild (1996), negociar un acuerdo de paz no parece tan difícil como implementarlo, tarea más ardua y compleja. De este modo, un estudio detallado de las negociaciones de las guerras civiles entre 1940 y 1992 muestra que, a pesar de que 62 por ciento de dichas negociaciones llevaron a la firma de un tratado de paz, la mitad de dichos arreglos nunca fueron llevados a la práctica (Walter, 2002: 5). Barbara Walter (2002, 6) presenta así su "teoría del compromiso creíble para la resolución de guerras civiles", la cual dictamina que sólo cuando las partes contendientes obtienen garantías confiables de un tercer actor para verificar y encauzar el cumplimiento del acuerdo firmado, dicho convenio se logra implementar. Es importante entender que si los combatientes tienen la certeza de que una tercera parte va a vigilar el "enforcement" del acuerdo, esto no sólo va a hacer que la implementación del acuerdo sea exitosa, sino que, anteriormente a ello, va a llevar a que las partes firmen un tratado. En este sentido, Walter (2002, 79) aduce que las garantías de una tercera parte para monitorear la implementación de un convenio de paz tienen un gran impacto en la predisposición de los combatientes hacia la firma de un arreglo de paz. Esta afirmación se apoya en los hallazgos realizados por Walter, dado que, manteniendo otras variables constantes, dicha autora demuestra que es 50 por ciento más probable que los contendientes firmen un compromiso si un tercer actor se ofrece para vigilar el cumplimiento de los términos de dicho acuerdo (Walter, 2002: 79). Consecuentemente, si una tercera parte no se involucra para monitorear la implementación del acuerdo, las partes sólo poseen una probabilidad del 5 por ciento para alcanzar un tratado (Walter, 2002: 80). Esto es así debido a que un convenio de paz produce enorme incertidumbre con relación a su puesta en práctica, dadas las enormes oportunidades que existen para la explotación de una parte por la otra en dicha fase. De este modo, un tercero puede asegurar que las ganancias provenientes de la defección no excedan las de ejecutar de buena fe los términos del acuerdo (Walter, 1999: 46). Dado que la salida de los términos del tratado es costosa ante la presencia de un tercero, la cooperación, y el cumplimiento de los términos del acuerdo, serán el camino elegido siempre y cuando que otro actor elija intervenir.

Para que se logre la firma de un arreglo de paz, es importante que las promesas de monitoreo del "enforcement" por parte de los terceros actores sean creíbles. En consecuencia, una garantía externa que las partes

⁵ Los "palos" consisten en la imposición de castigos o amenazas para que un actor determinado deje de lado sus intereses confrontativos y se comporte cooperativamente. Cabe señalar que las amenazas traen consigo acciones hipotéticas, mientras que los castigos representan medidas reales (Pearson y Rochester, 2000: 245).

piensan que se va a evaporar, no es garantía alguna (Lake y Rothchild, 1996: 70). Así, sólo si los combatientes creen que los interventores externos van a estar para protegerlos en un futuro, van a firmar un acuerdo de paz en el presente: cuánto más fervientemente los contendientes confíen en que un tercero va a exponer las violaciones al convenio, o va a protegerlos a medida que se desmovilizan, más probabilidades tienen las negociaciones de arribar a un arreglo (Walter, 2002: 33).

De lo anterior se deduce la **Hipótesis 1**, la que instituye la siguiente correlación causal: **La negociación tendrá más posibilidades de ser exitosa si un tercer actor interviene ni como "comunicador" ni como "formulador", sino como "manipulador" en las negociaciones, así como de si existen garantías creíbles por parte de un tercero de que se va a vigilar la implementación del acuerdo de paz.**

La intervención de un tercer actor en Oslo

A pesar de que la administración demócrata de Bill Clinton había prometido jugar un rol constructivo y efectivo como "un socio imparcial y pleno" en las negociaciones entre los palestinos y los israelíes, su mediación fue un fracaso (Hudson, 1994: 51). Si bien Estados Unidos presentó un borrador de una declaración conjunta de principios el 30 de junio de 1993, éste fue rechazado. No obstante a que, en los términos de Zartman, Estados Unidos se presentó como un "formulador", al proveer sus propias ideas para la resolución del conflicto, las mismas fueron recibidas con disgusto. Tal como lo dictamina Nabil Shaath en una entrevista otorgada la *Journal of Palestine Studies* (1993: 5), si los palestinos se hubieran quedado con la mediación norteamericana, no hubieran obtenido nada. Es que el borrador de la superpotencia claramente poseía un sesgo a favor de Israel, dado que proponía que el auto-gobierno palestino interino tuviera jurisdicción funcional más que territorial, sin especificar en qué zonas regiría la autonomía palestina⁶ (Shaath 1993, p. 6). A pesar de la promesa norteamericana de ser un compañero pleno de ambas partes, Clinton se convirtió más en compañero de Israel que de los palestinos, lo que quedaba demostrado en varios gestos de dicho presidente. A diferencia de la administración Bush-Baker, quien había condenado la deportación israelí de 400 palestinos miembros del Hamas al sur del Líbano, el equipo de Clinton evitó una nueva condena internacional, a su vez que, en marzo de 1993, no presentó objeción alguna ante el cierre de fronteras realizado por Israel de los territorios ocupados. Estas actitudes pro-israelíes de Clinton no deben sorprender si se tiene en cuenta que, como especialista en Medio Oriente en el Consejo de Seguridad Nacional se había nominado a

⁶ En las palabras de Shaath (1993, p. 5): "Under this model, which was to be worked out with Palestinians living in territories that are never defined, very little authority was passed on".

Martin Indyk, miembro del lobby judío AIPAC, grupo de interés cuya ideología se acercaba más a las visiones de derecha propias del partido Likud que al pensamiento más moderado e izquierdista del laborismo (Hudson, 1994: 50).

La intervención de Noruega en el proceso de paz demostró que la superpotencia norteamericana ya no poseía el monopolio de la mediación entre israelíes y palestinos. La participación noruega posibilitó la apertura de un canal secreto de negociaciones entre Israel y la OLP (no ya entre el estado judío y una delegación palestina de los territorios ocupados como en las conferencias auspiciadas por la potencia norteamericana). De esta forma, la negociación secreta comenzó cuando el académico noruego Terje Larsen se acercó al miembro del Knesset, Yossi Beilin, sugiriéndole el inicio de negociaciones secretas entre la OLP e Israel en Oslo. Las conversaciones comenzaron en enero de 1993, las cuales sumaron un total de catorce sesiones llevadas a cabo en un período de ocho meses, reuniones de las cuales saldría la Declaración de Principios que sería aprobada el 13 de septiembre de 1993 (Burgess y Burgess 1997). En consecuencia, en los términos de Zartman y Touval (1996), Noruega se comportó como un "formulador", al haber intervenido en la sustancia de la negociación, aportando sus propias ideas acerca de lo que sería un acuerdo deseable, fórmulas a las que las partes por sí solas no podrían haber llegado.

Lo cierto es que el éxito de Noruega como mediador se basó en su imagen de imparcialidad, al ser bien vista tanto por la OLP como por Israel. Por un lado, la creación de Israel no sólo había sido defendida por el Partido Laborista noruego, el que había lanzado campañas con el eslogan de "dejen vivir a Israel", sino que también la orientación socialista originaria del estado judío naciente expresada en el movimiento kibutziano (granjas agrícolas socialistas) despertó admiración entre los noruegos. Por otro lado, a diferencia de Estados Unidos, que era rechazado por la OLP dado a su histórica alianza con el estado sionista, y dado a que, desde 1973, el país norteamericano le había otorgado a dicho estado \$ 2,8 mil millones anuales (Schvindlerman, 2002: 415), Noruega había mantenido cálidas relaciones con la organización palestina, especialmente desde los años '80. Así, en 1983, Arafat se había encontrado con la primer ministro noruega, Gro Harlem Brundtland; mientras que, en 1989, el ministro de relaciones exteriores del país escandinavo visitaría Túnez, donde se hallaban los cuarteles de la OLP (Schvindlerman, 2002: 131).

Durante las negociaciones, ni Noruega ni Estados Unidos ofrecieron garantías creíbles de monitoreo de la implementación del acuerdo que se había confeccionado. No por casualidad Shimon Peres, canciller israelí de la administración Rabin, adujo que había sido un error haber puesto "mucho énfasis en la confección de los acuerdos y no demasiado en su implementación" (Schvindlerman, 2002: 419). Si bien la Declaración de Principios incorporaba en el artículo III la promesa de supervisión y

observación internacional de las elecciones del Consejo Palestino, como también la necesidad de acudir a un mecanismo de conciliación o de arbitraje en caso de que el Comité Israelí-Palestino Conjunto no pudiera resolver las disputas entre las partes (artículo XV), nada decía la DOP acerca de la verificación del acuerdo en su conjunto por un tercero. De este modo, tal como lo establece Schvindlerman (2002: 151), "los pioneros del Acuerdo de Oslo ...decidieron ignorar un elemento legal típicamente presente incluso en contratos comerciales entre individuos: mecanismos para la verificación del cumplimiento de las obligaciones...".

Luego de este análisis, podemos concluir que la Hipótesis 1 no se verifica para el caso de las negociaciones de Oslo. De esta forma, a pesar de la ausencia de un mediador que cumpliera con el rol de manipulador, como de la falta de garantías de intervención de un tercero para monitorear la implementación, la negociación fue exitosa, al firmarse, de todas maneras, un acuerdo. En consecuencia, se puede concluir que las variables del involucramiento de un tercer actor como manipulador y de la presencia de promesas de vigilancia de la implementación, no presentan una correlación significativa con la firma del acuerdo del Oslo. Empero, a partir del análisis precedente, estamos en posición de afirmar, que, en el caso de Oslo, uno de los factores que llevaron a que la negociación fuera efectiva fue la mediación de una tercera parte imparcial, tal como lo fue Noruega.

Hipótesis 1: La intervención de una tercera parte en Camp David II

Si en Oslo los palestinos habían sido reticentes a la mediación de Bill Clinton por considerarlo uno de los presidentes más pro-israelíes de la historia, dicha visión cambió a partir del período de gobierno del primer ministro Benjamín Netanyahu. Fue la visita de Clinton a Gaza en diciembre de 1998 la que acercó al presidente demócrata al público palestino. Además, Arafat había visitado a Clinton en la Casa Blanca en más de una veintena de ocasiones (Norton, 2001: 9). Ciertamente, ningún otro presidente norteamericano había mostrado mayor empatía en privado y en público por los palestinos que Clinton. A pesar de esto, Clinton seguía siendo un "hombre de fe sensible a la cuestión judía y al estado de Israel" (Ben-Ami, 2002: 216). Tal como lo comenta el canciller israelí Ben-Ami, durante la Cumbre de Camp David II, Clinton intervenía a favor de los judíos, cuando, por ejemplo, ante la incredulidad de los palestinos de que debajo de la Mezquita al-Aqsa estaban los restos del Templo de Jerusalén destruido por los romanos, defendió la idea de que efectivamente eran los restos del Templo los que se encontraban debajo de dicha mezquita. En efecto, el sesgo a favor del estado judío de Clinton se debía a que, en su re-elección en 1996, el presidente norteamericano había recibido el 83 por ciento del voto judío.

En los términos de Zartman, Clinton no sólo era un "comunicador", que había traído a las partes a una cumbre auspiciada por el mismo, sino que también era un "formulador". Esto se notó especialmente en el tema de Jerusalén, en el que se mostró muy comprometido con la propuesta de que, en Jerusalén, los barrios judíos serían israelíes, y los barrios árabes, palestinos. Además, Clinton propuso que entre el 94 y 97 por ciento del territorio de Cisjordania fuese para los palestinos (con una compensación por las tierras de Cisjordania anexadas por Israel con un otorgamiento del 1 a 3 por ciento de territorio del estado judío); y que los refugiados palestinos tenían el derecho de retornar a Palestina, no a sus antiguos hogares en Jerusalén (Shavit, 2001: 11-13). Pero incluso, Clinton llegó a cubrir el rol de "manipulador" explicado por Zartman, al ofrecer incentivos no coercivos ("zanahorias") consistentes en una ayuda de miles de millones de dólares para Arafat en caso de llegar a un acuerdo. A pesar de haber ofrecido una fórmula muy cercana a las demandas palestinas, Clinton no fue capaz de hacer que Arafat aceptara su propuesta sobre la división de la soberanía en la Ciudad Santa, por lo que él mismo se encargó de hacer notar su frustración con el líder palestino. De esta manera, Clinton culpó expresamente a Arafat del fracaso de las negociaciones, pronunciando un discurso en la televisión israelí donde llegó hasta incluso a amenazar la mudanza de la embajada norteamericana de Tel Aviv a Jerusalén, lo cual implicaba reconocer a ésta última como la capital del estado judío.

A pesar de su activo involucramiento en la mediación, Clinton nunca ofreció garantías creíbles de control de la implementación de las medidas que él mismo proponía. De esta manera, Clinton no quería repetir el error ya cometido en la firma de los Acuerdos de Wye de 1998, en los cuales se había comprometido a monitorear su "enforcement" (Stern, 2000: 9). Dado que en dicha ocasión no se había logrado cumplir con el acuerdo a pesar de la vigilancia norteamericana, esta vez Clinton prefería mantenerse al margen.

La hipótesis 1 se verifica para el caso de Camp David II. Dado que Estados Unidos se comportó principalmente como un "formulador" (aunque también por momentos como un "comunicador" y "un manipulador"), y dado a que no existían garantías creíbles para el monitoreo de la implementación del acuerdo por un tercero, las negociaciones tenían menores probabilidades de ser exitosas.

Hipótesis 2: El tamaño del conjunto ganador

Según Putnam (1988), la negociación internacional puede concebirse como un juego de doble nivel, dado que cada líder político nacional actúa simultáneamente en el tablero nacional e internacional. En consecuencia, el proceso de negociación internacional puede dividirse en dos etapas: una primera fase de negociación, en la que los estadistas buscan llegar a un

acuerdo provisional en el plano internacional; y un segundo tramo de ratificación, en el que cada grupo doméstico (la opinión pública, los parlamentarios y los consejeros políticos de los líderes) decide, formalmente o informalmente, si ratificar o no el acuerdo. Así, Putnam introduce la explicación de estas dos etapas presentes en cualquier negociación internacional para introducir el concepto de conjunto ganador. Dado una serie de acuerdos, un **conjunto ganador** se puede definir como el conjunto de todos los acuerdos posibles alcanzados en la primer etapa, eso es, en el nivel internacional, que serían ratificados en la segunda fase - es decir, que conseguirían la mayoría necesaria entre los electores domésticos cuando se votase a favor o en contra de los mismos.

El argumento de Putnam (1988) consiste en que el resultado de las negociaciones internacionales refleja el tamaño de los conjuntos ganadores domésticos. Es así como, en el marco del juego de doble nivel, la restricción más importante que cada líder nacional enfrenta es la magnitud del conjunto ganador, que será mayor a medida que aumenten los beneficios del acuerdo para el electorado doméstico. Es importante tener en cuenta la dimensión del conjunto ganador pues los conjuntos ganadores grandes hacen que el acuerdo en el nivel internacional sea más probable. Pero, por otro lado, cuánto mayor sean las dimensiones del conjunto ganador de un negociador según lo perciban los otros, mayor presión podrán ejercer sobre él los negociadores del nivel internacional. A la inversa, un conjunto ganador nacional pequeño puede ser una ventaja para la negociación, al poder rechazar propuestas al nivel internacional dado que domésticamente las mismas no serían aceptadas (Putnam, 1988; Moravcsik, 1993).

Los conjuntos ganadores son más pequeños cuánto mayor sea el número y el poder de los "aguafiestas externos" ("outside spoilers"), definidos por Stedman (1997) como las partes excluidas de un proceso de paz, que creen que la paz resultante de las negociaciones amenaza sus intereses, por lo que utilizan la violencia para evitar que se llegue a un acuerdo. En adición, la dimensión del conjunto ganador dependerá del tipo de "aguafiestas externos" que se tenga, siendo posibles los limitados o totales.⁷

En primer lugar, los "aguafiestas" limitados poseen objetivos acotados, como, por ejemplo, el reconocimiento y la compensación por sus sufrimientos, seguridad básica, o el ejercicio de una autonomía relativa. De esta manera, la existencia de este tipo de "aguafiestas" no conduce a que el tamaño del conjunto ganador se reduzca, dado que sus demandas son fáciles de incluir en un acuerdo internacional. En segundo lugar, los "aguafiestas totales" buscan el poder absoluto y el reconocimiento

⁷ Cabe señalar que dejé de lado los "aguafiestas externos codiciosos" a los que se refiere Stedman (1997), por no ser relevantes en el caso de Oslo y de Camp David II.

exclusivo de su autoridad, así como también sostienen preferencias inmutables, no sujetas a cambio alguno. En consecuencia, los "aguafiestas totales" no poseen el pragmatismo necesario para apoyar acuerdos de paz, por lo que su presencia entre los electores domésticos hace que el tamaño del conjunto ganador se achique.

De esta manera, la **Hipótesis 2** formula que: **La negociación tendrá más probabilidades de ser exitosa cuánto mayor sea el tamaño del conjunto ganador de cada una de las partes contendientes, y cuánto menor sea el papel jugado por los "aguafiestas externos", especialmente los totales.**

El tamaño del conjunto ganador en Oslo

Tanto entre los palestinos como entre los israelíes existían "aguafiestas externos" totales. Con respecto al lado palestino, había dos grupos: por un lado, las partes más radicalizadas de la OLP (el Frente Popular de Liberación de Palestina -FPLP-; el Frente Democrático de Liberación de Palestina -FDLP- y los comunistas, conocidos con el nombre de "Partido del Pueblo"), las que llamaban a la lucha armada desde el exterior y rebelión en los territorios ocupados (Valcárcel, 1993: 17); y, por el otro, los fundamentalistas islámicos de Hamas, la Yihad Islámica y el Hezbollah, que se oponían a la firma del acuerdo de paz, insistiendo que toda Palestina ("del río [el Jordán] al mar") debía convertirse en un estado independiente islámico (Kepel, 1998: 521). En efecto, los grupos del Hamas, la Yihad Islámica y el Hezbollah no se sentían atados con la renuncia a la violencia y al terrorismo realizada por la OLP en la carta enviada a Rabin el 9 de septiembre de 1993, sino que, por el contrario, poseían la determinación de aumentar la cantidad y la magnitud de los atentados suicidas, con la esperanza de que el proceso de paz fuese abandonado ni bien comenzara su implementación (Heller, 1994: 59). De esta manera, ambos grupos de "aguafiestas externos" proponían la rebelión armada como medio para llegar a su objetivo absoluto de la emancipación de toda la tierra palestina, por lo que, en los términos de Stedman (1997), eran "aguafiestas externos totales".

En el caso israelí, podemos identificar también dos tipos de "aguafiestas externos", como ser los partidos nacionalistas y religiosos, por un lado; y, el movimiento de colonos judíos en los territorios ocupados, por el otro lado. De este modo, los partidos de la derecha del espectro político, tales como el Likud, Tzomet, Moledet, Israel Ba'aliya, el Partido Religioso Nacional, Judaísmo Unido Torah y Shas, al igual que los grupos Gush Enunim y Kach, veían en Oslo un ataque contra la religión, contra el designio mesiánico del Gran Israel, y contra el dominio bíblico de Judea y Samaria (el Margen Occidental). Así, los miembros de la derecha radical eran "aguafiestas externos totales", al ser la facción que más se oponía a la

firma de la Declaración de Principios, argumentando que un designio religioso del pueblo judío, bajo ningún aspecto, podía tornarse en negociable. Por otra parte, los colonos de los asentamientos judíos en los territorios ocupados también eran "aguafiestas externos totales", al ser una minoría excluida del proceso de negociaciones, cuyos intereses chocaban con la creación de un auto-gobierno palestino en Gaza y en Cisjordania. Tal como lo dictamina Heller (1994: 59), los colonos israelíes argumentaban que el acuerdo los dejaría más expuestos, dado que el gobierno judío había abdicado su responsabilidad de proteger la seguridad interna de los territorios ocupados. Además, los colonos judíos también estaban preocupados por el hecho de que el proceso iniciado en Oslo podría llevar, en las negociaciones para el status permanente, a que tuvieran que abandonar los territorios conquistados desde 1967. Así, los habitantes de los asentamientos judíos consideraban que la misión de Israel era revelar al mundo la imagen de Dios, a través del cumplimiento del sueño del "Gran Israel", por lo que jamás hubieran aceptado el espíritu de los Acuerdos de Oslo de existencia de otro estado entre el Jordán y el Mediterráneo (Bishara, 2002: 25).

En cuanto a la posición de los grupos domésticos de cada una de las partes, analizaremos aquí la actitud de la opinión pública, de los parlamentarios y de los consejeros políticos hacia la firma de la Declaración de Principios de Oslo.

En cuanto a la opinión pública palestina, entre la población palestina residente de los territorios de Gaza y Cisjordania, alrededor de un sesenta cinco por ciento estaban a favor de la firma del acuerdo (Muslih, 1994: 72). Entre los opositores a un posible acuerdo estaban los palestinos de la diáspora, los que se habían exiliado forzosamente tras la Guerra de 1948 y de 1967. Esta oposición se comprende si se piensa que la Declaración de Principios no sólo no mencionaba el destino de los refugiados y sus descendientes, sino que difería la discusión de dicho tema para más adelante. En consecuencia, las poblaciones palestinas en Siria, Jordania, el Líbano, entre otros países, tenían poco que ganar del acuerdo (Khalidi, 1994: 64-65). En adición, importantes intelectuales palestinos, tales como Mahmud Darwish, Shafiq al-Hout, y Edward Said se proclamaban contra el acuerdo, viendo al mismo como una capitulación que ofrecía mucho menos de lo que los palestinos hubieran conseguido de haber proseguido con la Primera Intifada (Michels, 1994: 28).

Con respecto a la opinión pública israelí, una encuesta de Gallup indicó que, de 1.000 israelíes encuestados, 65 por ciento aprobaban el acuerdo de paz de Oslo, mientras que sólo el 13 por ciento dijo estar muy en contra del mismo (Shlaim, 1994: 34). Así, la mayoría de los israelíes eran moderados, quienes preferían destinar los recursos económicos del estado a vivir con un mayor bienestar y a solucionar problemas internos tales como la

absorción de la inmigración y la creación de nuevos puestos de trabajo (Ivanier, 2000: 79).

Con relación a los parlamentarios, en 1993, éstos parecían influyentes en el caso israelí, no así en el palestino, dada la presencia de un parlamento en el sistema político israelí, pero no así en el caso de la OLP.⁸ De esta forma, el Knesset (la asamblea legislativa israelí) aprobó el acuerdo de Oslo, luego de un arduo debate, por 61 votos a favor, 50 en contra, y 9 abstenciones (Shlaim, 1994: 34). Cabe recordar aquí que, en el momento de formar gobierno, Rabin había formado una coalición con el Partido Meretz (un grupo de tres partidos de centro-izquierda que había ganado 12 votos) y con el partido religioso Shas, a lo que se sumaba el apoyo de cinco miembros de dos partidos de árabes. Con esto, el partido laborista de Rabin obtuvo una mayoría ajustada de 62 bancas (sobre 120) en el Parlamento (Doron, 1993). De esta manera, gracias a dicha mayoría ajustada, la Declaración de Principios pudo ser aprobada por el parlamento, a pesar del rechazo de los partidos religiosos, tales como el Shas, a la llegada de un acuerdo.⁹

Con respecto a los consejeros políticos de Arafat, hombres fuertes como Abu Ala y Abu Mazen apoyaban la firma el acuerdo de Oslo, pero no así el ministro de relaciones exteriores, Faruq Qaddumi. Dicho individuo aducía que la Declaración de Principios no se comprometía a respetar ni los derechos básicos de los palestinos, ni los de los refugiados de 1948. En tanto, el apoyo a la Declaración de Principios por Rabin fue cuestionado por el Jefe de Estado Mayor Conjunto, Ehud Barak, quien sostenía que la posibilidad de proteger a los colonos israelíes, a la vez que se entregaban tierras a los palestinos, sería una difícil tarea. Empero, a pesar de la oposición de Barak, y de dos abstenciones, todo el gabinete israelí se manifestó a favor de la firma del acuerdo (Schvindlerman, 2002: 142).

A partir del análisis precedente, vemos que la hipótesis 2 se verifica en Oslo. El tamaño del conjunto ganador se presentaba como grande tanto para Arafat como para Rabin, a pesar de la presencia de "aguafiestas externos" totales de uno y otro lado. Si bien, lógicamente la dimensión del conjunto ganador se achicaría ante la presencia de dichos "aguafiestas externos", esto no sucedió en el caso de Oslo. Dado que la opinión pública tomaba también como parámetro a dichos "aguafiestas externos", podemos concluir que los mismos conformaban la minoría de rechazo al acuerdo. Así, que el tamaño del conjunto ganador fuese grande para ambos líderes

⁸ A pesar de que al momento de la firma de la Declaración de Principios la OLP no contaba con un cuerpo legislativo, el mismo debería formarse en los términos del acuerdo. De este modo, el 24 de abril de 1996, el Consejo Nacional Palestino votó por 504 contra 54 votos la supresión de los artículos hostiles a la existencia de Israel, lo que mostraba, aunque ex-post facto, el apoyo a los Acuerdos de Oslo por la asamblea legislativa de la Autoridad Palestina.

⁹ Como consecuencia de su oposición a la firma de la Declaración de Principios, el Shas abandonó la coalición de gobierno (Ivanier, 2000: 44).

aparece como un factor que aumentó las probabilidades de éxito de las negociaciones de Oslo.

El tamaño del conjunto ganador en Camp David II

Al igual que en Oslo, en Camp David II, tanto entre los palestinos como entre los israelíes existían "aguafiestas externos" totales. Por la parte palestina, se podía encontrar a los grupos extremistas islámicos, tales como Hamas, y la Yihad Islámica. De este modo, en un comunicado del líder espiritual de Hamas, el Sheikh Ahmad Yassin estableció lo siguiente. "El señor Arafat debe entender que no está autorizado a entregar los derechos islámicos en Jerusalén, o a comprometer el derecho de retorno de los refugiados palestinos" (*The Economist* 20 de julio de 2000). Así, si Arafat concedía a las demandas israelíes, Hamas anticipaba su suicidio político, poniendo en riesgo su liderazgo sobre el pueblo palestino. De este modo, Arafat tenía la excusa de no poder firmar un tratado dada la presencia de "aguafiestas externos" en su frente interno que no le permitirían hacer las concesiones necesarias. En consecuencia, durante una reunión en Camp David II, Arafat le dijo a Clinton: "¿Quiere usted venir a mi entierro? (Ben-Ami, 2002: 90). En efecto, para Arafat era fundamental ganar la batalla sobre los israelíes, sobre todo no ceder la soberanía palestina sobre Jerusalén, debido a que hacerlo lo llevaría a ser desplazado por la vanguardia de Hamas, la cual desde 1987, había ganado elecciones municipales, estudiantiles, y de asociaciones profesionales en Cisjordania y en Gaza. Además, los palestinos de la diáspora, que se encontraban principalmente en Jordania, Egipto y el Líbano, se oponían a cualquier tipo de negociación, debido a que razonaban, que al igual que en la Declaración de Principios de 1993, el derecho de retorno de los refugiados no sería garantizado por Israel (*The Economist* 13 de julio de 2000). Los "aguafiestas externos" palestinos se presentaban como totales, dado que la sacralización de la política los conducía a negar cualquier tipo de compromiso al que se pudiera llegar.

En tanto, entre los israelíes, los "aguafiestas externos" seguían estando compuestos por los partidos de derecha, nacionalistas y religiosos, por un lado, y por los colonos judíos en los territorios ocupados, por el otro lado. De esta manera, partidos tales como el Likud, el Partido Religioso Nacional, el Judaísmo Torah Unido, el Shas, y el partido "Yisrael B'Aliya" (que agrupaba, junto con el "Yisrael Beiteinu" a los inmigrantes judíos llegados a Israel luego del colapso de la Unión Soviética) se oponían al proceso de paz. En tanto, los colonos judíos en Gaza y Cisjordania, de ideología conservadora, y de derecha, también eran "aguafiestas externos" que, bajo ningún aspecto, podían concebir que el "Gran Israel" fuese dividido, dado el designio mesiánico que los unía con "Eretz Israel" (la Tierra de Israel). De este modo, ambos grupos de "aguafiestas externos" israelíes provenían de

la derecha, la que, según un artículo publicado por Daniel Pipes en *Los Angeles Times*, se quejaba de que, si bien la diplomacia israelí ponía objeciones al comportamiento de Arafat, después volvía a las negociaciones y otorgaba nuevas concesiones. Según los "aguafiestas externos", la generosidad del gobierno israelí había sido interpretada por los palestinos como un acto de debilidad, dado que a cada concesión israelí, le seguían nuevas exigencias palestinas. De este modo, el argumento de la derecha israelí era que en una "paz hegemónica" (no una paz entre iguales, sino una entre dos países con atributos de poder asimétricos), la parte con mayores capacidades (Israel) no estaba obligada a conceder nada a la facción más débil (la Autoridad Palestina).¹⁰ Por esto, los "aguafiestas externos" sostenían que cualquier tipo de concesión a Arafat no era necesaria, sino que aparecía como un símbolo de la vulnerabilidad del gobierno. Así, ambos grupos de "aguafiestas externos" pensaban que nunca podría haber paz con los árabes, pues siempre exigirían más de lo que los israelíes estaban dispuestos a dar (Hadas, 2000: 12). En consecuencia, los "aguafiestas externos" israelíes eran totales, debido a que no había ningún compromiso que estuvieran dispuestos a aceptar, sino que, imbuidos en la dimensión escatológica de la religión, sus intereses no eran negociables.

Con respecto a la opinión pública, tanto para el caso israelí como para el palestino, la misma era desfavorable respecto a la llegada de un acuerdo en Camp David II. Tal como lo entendía una editorial del diario francés *Le Monde* (15 de julio de 2000: 8), el verdadero problema era que un probable tratado representaba más de lo que la mayoría de los israelíes estaban dispuestos a dar, y mucho menos de lo que los palestinos estaban preparados para aceptar. En el caso de Barak, un estudio del Centro Tami Steinmetz para la Investigación para la Paz destacaba que en el verano de 1999, 39 por ciento del público israelí encuestado creía que la política conciliadora de Barak había sido más productiva que la política dura de Netanyahu. En tanto, en junio de 2000, dos tercios de los israelíes pensaban que no sería posible poner fin al conflicto, mientras que una mayoría sostenía que los palestinos no aceptaban la existencia de Israel y buscaban destruirlo. De este modo, 40 por ciento de los entrevistados aducían que la política de Barak hacia los palestinos en Camp David II había sido demasiado conciliadora, mientras que sólo un 22 por ciento la consideraba apropiada (Hermann y Yuchtman 2002). Además, esto coincidía con los resultados de un estudio llevado a cabo por Jacob Shamir y Khalil Shikaki (2002), en el que se había conducido, ni bien finalizada la Cumbre de Camp David II, una encuesta de opinión entre palestinos e israelíes residentes de Gaza, Cisjordania y Jerusalén del Este. En dicha ocasión, 57 por ciento de los israelíes encuestados pensaban que Barak había cedido demasiado en las negociaciones, y, específicamente, una

¹⁰ Para el concepto de "paz hegemónica", véase: Robinson, 2001: 17-18.

mayoría establecía que en las cuestiones de Jerusalén, refugiados, fronteras de un estado palestino, asentamientos y seguridad, se había comprometido en exceso. En adición, Barak tuvo que enfrentar marchas cuyo fin era protestar contra las negociaciones de paz, tal como la ocurrida en Tel Aviv el 16 de julio de 2000, en donde 100.000 israelíes se manifestaron contra un posible acuerdo palestino-israelí (*Le Monde*, 22 de julio de 2000).

En cuanto a la opinión pública palestina, ésta tampoco parecía favorable para Arafat, dado que una encuesta de opinión en la Franja de Gaza y en Cisjordania realizada en julio de 2000 (durante la Cumbre de Camp David II) mostraba que el líder palestino tenía tan sólo el apoyo del 32 por ciento de los palestinos, mientras que un 50 por ciento de los mismos creían que el presidente de la Autoridad Palestina cedería y otorgaría concesiones. Esto último coincidía con los resultados del estudio llevado a cabo por Jacob Shamir y Khalil Shikaki (2002), según el cual, en los temas de Jerusalén, fronteras de un probable estado palestino, asentamientos judíos en los territorios ocupados, y arreglos de seguridad, la mayoría de los palestinos encuestados dictaminó que Arafat había cedido demasiado frente a la posición israelí. En cambio, en los temas de refugiados, un 68 por ciento de los palestinos entrevistados opinaron que su posición había sido correcta. En adición, la falta de confianza en el proceso de paz se revelaba en que, en julio de 2000, un 52 por ciento de los palestinos apoyaba el uso de la violencia contra los israelíes (Shikaki, 2002: 92). Dicha carencia de fe en la paz se entiende en el marco de que las condiciones económicas de los palestinos eran mejores antes de la firma de los Acuerdos de Oslo. De hecho, con el proceso de paz, la calidad de vida en los territorios ocupados había declinado, especialmente medida en términos del ingreso anual per cápita, el que de 1993 a 2000 se había visto reducido en 20 por ciento en Cisjordania, a \$ 1.600, y en 25 por ciento en Gaza, a \$ 1.200. Como contracara a esto, la figura comparable para Israel había aumentado a alrededor de \$ 18.000, siendo esta cifra de 11 a 15 veces superior a la palestina (Norton, 2001: 5).

En cuanto a los parlamentarios, nuestro análisis, se focalizará, tal como lo hicimos en los Acuerdos de Oslo, en el caso israelí, más que en el palestino, dado que sólo en la democracia judía existía una asamblea legislativa propiamente dicha. En las elecciones de 1999, bajo la fórmula del partido laborista -cuyo nombre había cambiado a "One Israel" para atraer al voto de la derecha-, Barak obtuvo la mayoría de los votos. Empero, dado el nuevo sistema electoral inaugurado en 1996, por el cual los votantes emitían un voto separado para primer ministro, y otro para una lista del Knesset, Barak se encontraba ante un parlamento profundamente fragmentado, con más de quince partidos representados. Así, a pesar del triunfo electoral de Barak como primer ministro, en la asamblea legislativa había obtenido tan sólo 26 bancas, por lo que estaba forzado a armar

coalición para formar gobierno. Luego de semanas de indecisión respecto de quién elegir como miembro de la coalición, Barak decidió que la coalición (que en total sumaría 75 bancas de un total de 120) estaría integrada por los partidos Meretz (centro-izquierda), Centro, Yisrael B'aliya, y tres partidos ortodoxos religiosos, tales como el Shas, el Partido Religioso Nacional (PRN), y el Judaísmo Torah Unido.¹¹ Así, el proceso de paz de Camp David II produjo oposiciones entre los parlamentarios de los partidos religiosos de la coalición, especialmente del PRN, y del Yisrael B'aliya, los cuales habían formado parte de la coalición de Netanyahu, tomando posiciones incluso más duras que dicho ex-primer ministro likudista con relación a un probable acuerdo palestino-israelí (Peretz, 2001: 23). Efectivamente, el PRN amenazó con dejar la coalición si Barak entregaba los suburbios de Jerusalén a la Autoridad Palestina. Por su parte, el Yisrael B'aliya proclamó que se iría del gobierno si el primer ministro israelí acordaba presenciar una negociación de paz sin el apoyo del Likud, y sin haber logrado un consenso nacional sobre las posturas a ser tomadas en los temas que serían discutidos (*The Economist*, 29 de junio de 2000). Por otro lado, Meretz resultó ser el más ferviente apoyo parlamentario para las políticas de paz propuestas por Barak en Camp David II. En tanto, el partido Shas ponía la condición de apoyar las negociaciones de Camp David II sólo si era otorgado los fondos necesarios para financiar su red escolar conocida con el nombre de "Ma'ayan Ha-Hinuch Ha-Torani" (Peretz, 2001: 23). Debido a que Barak decidió ceder ante las demandas del partido Shas, Meretz renunció a la coalición. Siendo el apoyo parlamentario para el proceso de paz cada vez más débil, en julio de 2000, justo antes de que Barak partiera hacia Camp David II, el primer ministro recibió un voto de no confianza, que por un pequeño margen de siete votos, no consiguió la mayoría requerida para llamar a nuevas elecciones (Peretz, 2001: 23). Durante Camp David II, las críticas de los parlamentarios a un potencial acuerdo no se disiparían.

En cuanto a los consejeros políticos de los líderes, en el caso israelí, Sharansky, un miembro del gabinete, criticaría los esfuerzos por la paz de Barak. Dicho político renunciaría a su puesto aludiendo el hecho de que Barak había realizado concesiones masivas subestimando la seguridad israelí (Peretz, 2001: 25). En adición, el ministro de relaciones exteriores, David Lévy, dimitiría su cargo el 2 de agosto de 2000, tras oponerse a las negociaciones de Camp David II, donde él mismo no estuvo presente (*Le Monde*, 12 de agosto de 2000: 3).¹² También, Barak recibiría la oposición de las fuerzas de seguridad israelíes, las que antes de Camp David, daban a las conversaciones una chance de éxito menor al 50 por ciento (Morris,

¹¹ Cabe señalar que el Judaísmo Torah Unido se retiró de la coalición poco después de la asunción de Barak, en protesta del permiso de Barak de transportar una gran máquina el día sagrado del Sábado.

¹² Lévy sería sucedido por Shlomo Ben-Ami, que, hasta ese entonces, se había desenvuelto en el Ministerio de Seguridad Interior. Es preciso destacar que, desde dicho rol, Ben-Ami había ocupado un lugar central en las negociaciones con Arafat en Camp David II, ocupando en la práctica la cancillería.

2002: 43). En cuanto a Arafat, la facción Fatah (la principal de su partido) apoyaba las negociaciones, pero no ocurría lo mismo con los líderes de los movimientos nacionalistas marxistas al interior de la OLP, como ser George Habash del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) (*Le Monde*, 15 de julio de 2000: 2).

La Hipótesis 2 se verifica en el caso de Camp David II, dado que, el tamaño del conjunto ganador era pequeño tanto para Arafat como para Barak, y dado a que existían "aguafiestas externos" totales que llevaban a reducir aún más el tamaño de los conjuntos ganadores de ambas partes, las negociaciones tenían menores probabilidades de éxito.

Hipótesis 3: El tamaño del "conjunto de aceptabilidad"

Putnam (1988) presenta un término análogo al conjunto ganador doméstico para las preferencias de los líderes: un "*conjunto de aceptabilidad*", definido como el conjunto de acuerdos que los estadistas prefieren al status quo. Cuánto mayor sea el "conjunto de aceptabilidad", mayores serán las probabilidades de éxito de una negociación. El conjunto de aceptabilidad aumentará sus dimensiones ante la existencia de un "mutually hurting stalemate" ("estancamiento mutuamente doloroso"), condición que conduce a que un conflicto esté "maduro" para su resolución (Zartman, 1989). Zartman y Touval (1996) definen al "mutually hurting stalemate" como una situación de agotamiento donde ambos contendientes perciben que se hallan en un punto intolerable donde hay pocas expectativas de una victoria militar. En efecto, los costos, tanto físicos y económicos, de seguir con el conflicto, comienzan a intensificarse (Bercovitch, 1997: 145), a la vez que las partes no se sienten cómodas con el estancamiento al que han llegado. En consecuencia, la existencia de un "mutually hurting stalemate" conduce a que los líderes vean un costo en el status quo, lo que aumenta el número de acuerdos que los mandatarios aceptarían para salir del estancamiento en la que se hallan.

La comparación de las configuraciones del "conjunto de aceptabilidad" con relación a las del conjunto ganador da lugar a tres tipos de líderes: agentes, palomas y halcones. En el caso de los agentes, el "conjunto de aceptabilidad" de los estadistas refleja los intereses del grupo doméstico mediano, superponiéndose con el conjunto ganador doméstico. Así, las preferencias de un agente reflejan el interés del mismo en representar la posición mayoritaria entre el electorado doméstico. Con respecto a las palomas, el conjunto de aceptabilidad se encuentra, como mínimo, parcialmente afuera del conjunto ganador doméstico, y mucho más cerca del conjunto ganador de la otra parte. Esto significa que las palomas buscan acercarse a la posición del contrincante, sin importarle tanto los factores domésticos. Por último, los halcones poseen un conjunto de aceptabilidad que se halla, como mínimo, parcialmente fuera del conjunto

ganador doméstico, pero más lejos del conjunto ganador de la parte contrincante que del conjunto ganador doméstico. En realidad, las preferencias de los halcones reflejan opciones individuales, que pueden provenir de factores tales como la ideología o los objetivos personales del líder (Putnam, 1988; Moravcsik, 1993). Cuánto más se acerquen los líderes a la posición de agente, habrá más probabilidades de que una negociación resulte exitosa.

La **hipótesis 3** que se deduce de lo anterior decreta lo subsiguiente: **La negociación tendrá más probabilidades de ser exitosa si existe un "mutually hurting stalemate" que haga que el tamaño del conjunto de aceptabilidad sea favorable a los términos de la negociación, y si los líderes se acercan a la posición de agente y se alejan de la de halcón, o paloma.**

El tamaño del conjunto de aceptabilidad en Oslo

Para septiembre de 1993, ambas partes en el conflicto habían llegado a una "situación de estancamiento mutuamente dolorosa". Tanto para israelíes como para palestinos, parecía que, después de cincuenta años de guerras, ninguna solución permanente había sido lograda a través del conflicto militar. Por un lado, para los países árabes la derrota militar de Israel parecía imposible, dado que dicho país había salido victorioso de todas las disputas. En el caso específico de la OLP, dicha organización se hallaba en una situación de "jaque mate" luego del error de haber apoyado a Irak en la Guerra del Golfo. Es que no solamente su aliado había resultado perdedor, y su imagen ante la opinión pública mundial se había deteriorado por haber apoyado a un dictador de la magnitud de Saddam Hussein, sino que, aparte de ello, las monarquías del Golfo le habían quitado la ayuda directa de \$ 480 millones (Roy, 1994: 69). En adición, el colapso de la Unión Soviética privó a la OLP de su principal patrón político internacional, dejando a los Estados Unidos (cuyo principal aliado en Medio Oriente era Israel) en la posición de hegemón mundial. En consecuencia, lo que estaba en juego luego del fin de la Guerra Fría, era la propia supervivencia de la OLP, dado que no sólo había sido derribada financieramente, sino también había sido excluida del proceso de negociaciones iniciado en la Conferencia de Madrid, donde una delegación palestina de habitantes de los territorios ocupados era la representante de los palestinos. Tal como se ve, la OLP estaba inmiscuida en un "hurting stalemate", en donde la única opción que le quedaba para no fenecer y dejar de existir era la cooperación con el estado al que antes había buscado destruir.

Israel también se hallaba en un "estancamiento doloroso", dado que, desde la Guerra de Yom Kippur de 1973, en la que a los israelíes les había costado mucho conseguir la victoria, el mito de la invencibilidad del estado

judío, creado a partir del resultado espectacular de la Guerra de los Seis Días de 1967, fue desechado. Además, luego de haber ganado todas las guerras desde 1948, la victoria militar no se había transformado en una solución política en la que Israel se sintiese seguro y en paz. Al mismo tiempo, luego de la represión militar de la Primera Intifada (1987-1993), y del consecuente daño a la imagen mundial del estado judío que atacaba a niños palestinos indefensos que protestaban por medio de "pedradas", Israel era reticente a embarcarse en nuevas aventuras bélicas, dado que las mismas dañarían aún más su reputación internacional. En adición, debe tenerse en cuenta el hecho de que Rabin había prometido en su campaña electoral obtener un acuerdo con los palestinos en menos de un año a partir de su asunción en junio de 1992, lo que significaba que, para el momento de la firma de la "Declaración de Principios", dicho plazo ya estaba vencido. De esta forma, Israel deseaba salir del "hurting stalemate" en el que estaba ubicado, y sabía que la única manera para hacerlo sería quebrando el tabú que todo gobierno israelí anterior había tenido, de no reconocer a la OLP como la única representante del pueblo palestino. En consecuencia, la existencia de un "mutually hurting stalemate" aumentó el tamaño del conjunto de aceptabilidad tanto de Arafat como de Rabin, dado que estaba claro que ambos líderes preferían la firma de un acuerdo de paz antes que el status quo. Uno lo hacía para garantizar que su organización siguiera existiendo, el otro veía en ello "su última oportunidad para pasar a la historia como el más grande hacedor de paz israelí" (Karsh, 1994, citado en Schvindlerman, 2002: 124).

Para asegurarse que se lograría un acuerdo de paz, Rabin apoyaba la firma de un tratado que sería aceptado tanto en su frente doméstico como en el internacional, como ser uno que contenía la idea de un auto-gobierno palestino por un período transitorio de cinco años. En el frente doméstico, dicho acuerdo sería ratificado por no contener cláusulas de desmantelamiento de los asentamientos judíos en los territorios ocupados, mientras que los palestinos lo firmarían dado a que se pensaría al auto-gobierno palestino en Gaza y en Cisjordania como un paso anterior necesario para llegar al sueño tan añorado de la creación del propio estado independiente. De esta manera, en Oslo, Rabin se comportó como un agente, al cristalizar en un acuerdo la posición mayoritaria entre el público doméstico, el que deseaba un cese de hostilidades, pero que a la vez, estaba dispuesto a ceder la menor cantidad de territorio posible para ello. En consecuencia, al ser un agente en los términos de Putnam (1988), el conjunto de aceptabilidad de Rabin se superponía con el conjunto ganador doméstico.

En tanto, en Oslo, Arafat también viró, convirtiéndose del halcón de antaño a un agente. De esta manera, el fundador del movimiento guerrillero Al-Fatah en 1959, y el presidente de la OLP desde 1969 que había llamado a los palestinos a unirse para lograr el aniquilamiento del

estado de Israel, parecía ahora comprometido con la paz. Si en 1969 Arafat había declarado que no quería paz ("Queremos guerra, victoria. La paz para nosotros significa la destrucción de Israel"¹³), a partir de Oslo parecía listo para reconocer el derecho a existir del estado de Israel, como también para abandonar el terrorismo. A cambio de esto, Arafat se contentaba con la promesa israelí de una autonomía palestina interina en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania, lo cual no sólo satisfacía sus mínimas preferencias, sino que sería lo que mínimamente aceptaría su frente interno. En consecuencia, dado que, al momento de la firma de la Declaración de Principios, las predilecciones de Arafat se intersectaban con la posición mayoritaria del público doméstico a favor de un tratado, podemos considerar al jefe palestino como un agente.

La Hipótesis 3 se verifica en el caso de Oslo: debido a la existencia de un "mutually hurting stalemate" que aumentaba el tamaño del conjunto de aceptabilidad de Arafat y de Rabin, y, debido a que ambos se comportaron como agentes, más que como halcones y palomas, las probabilidades de firma de la Declaración de Principios eran mayores.

El tamaño del conjunto de aceptabilidad en Camp David II

Para julio de 2000, los palestinos no consideraban que las condiciones estuviesen "maduras" para la resolución del conflicto árabe-israelí. Tal es así que, poco tiempo antes del envío de las invitaciones de Camp David II, el presidente de la Autoridad Palestina le explicó a la Secretaria de Estado norteamericana, Madeleine Albright, que un encuentro estaría condenado al fracaso si no se lo preparaba con la seriedad y la profundidad que su relevancia exigía (Kapeliuk, 2000: 22). En realidad, Arafat aún no estaba listo para iniciar las negociaciones debido a que no se encontraba en una situación de "hurting stalemate". Si en Oslo se había tenido la esperanza de que sólo mediante las negociaciones se podría salir del estancamiento costoso al que se había llegado, luego de siete años del proceso de paz, un gran número de palestinos habían perdido la paciencia con el mismo. Vistos los frutos que había dado la paz (aumento en la cantidad y en la densidad de los asentamientos judíos en los territorios ocupados; menores niveles de ingreso y mayores porcentajes de desempleo; cierre de fronteras, y aumento del fanatismo religioso judío), muchos palestinos creían que los frutos de la guerra serían mejores. Además, los palestinos se basaban en el ejemplo de la retirada unilateral del ejército israelí del sur del Líbano en julio de 2000, por lo que razonaban que si ellos resistían, las ganancias de la violencia se verían en el repliegue de los israelíes de los territorios ocupados en 1967. Al contrario del líder palestino, Barak sentía que las condiciones estaban "maduras" para iniciar una negociación. Los costos del

¹³ Para dichas palabras pronunciadas por Arafat, como para una interesante entrevista con el líder palestino, véase Elon 1993.

"deadlock" en las negociaciones de paz se habían cobrado muchas vidas israelíes, lo que conducía a que Barak pensara que la solución política sería la única viable para generar seguridad entre los ciudadanos israelíes. Sólo en los dos años subsiguientes a la firma de la Declaración de Principios de Oslo, el terrorismo palestino se había cobrado más del 30 por ciento de víctimas israelíes de toda la historia del terrorismo árabe (Schvindlerman, 2002: 178). De esta manera, Israel quería terminar con una situación que se tornaba insoportable, de constantes ataques de extremistas contra sus civiles, para lo cual se debería firmar un acuerdo de paz definitivo con los palestinos. De este modo, como sólo para Israel existía un "hurting stalemate", el "mutually hurting stalemate" estaba ausente, lo que llevaba a que el tamaño del conjunto de aceptabilidad de los líderes no fuese favorable a los términos de la negociación.

En las negociaciones de Camp David II, en los términos de Putnam (1988), Barak se comportó como una paloma, mientras que Arafat mostró ser un halcón. Por un lado, el primer ministro israelí no sólo fue más allá que cualquier otro líder en romper el tabú de no traer a la mesa de negociaciones el tema del status de Jerusalén, sino que también ofreció a Arafat un plan de paz como nunca antes nadie lo había propuesto. Dicho proyecto incluía el establecimiento de un estado palestino independiente, en 92 por ciento de Cisjordania y en 100 por ciento de Gaza, el desmantelamiento de la mayoría de los asentamientos judíos y la concentración de un 70 por ciento de los colonos en el 8 por ciento del Margen Occidental a ser anexado por Israel; el establecimiento de la capital palestina en Jerusalén, en donde algunos barrios árabes del "anillo exterior" de la ciudad serían territorio palestino soberano; la autonomía palestina sobre mitad de la ciudad Vieja de Jerusalén (los barrios árabe y cristiano), y un fideicomiso (aunque no soberanía) sobre el Monte del Templo; y, por último, un regreso de unos 100.000 refugiados al territorio israelí. A través de esta oferta inusitada en la historia del conflicto árabe-israelí, Barak optó por acercarse más al conjunto ganador de la contraparte doméstica que al propio, lo que condujo a muchas críticas internas por parte de la derecha israelí. La magnitud de las concesiones realizadas por Barak llevó incluso a que oficiales palestinos apodaran al primer ministro israelí "el limón", a partir de la cuantiosa cantidad de concesiones que Arafat había logrado exprimir de él (Schvindlerman, 2002: 230). No sólo Shlomo Ben-Ami (2001, citado en Shavit, 2001) atestiguó que él mismo estaba sorprendido por la valentía del premier israelí, sino también que Amos Oz (*Le Monde*, 4 de noviembre de 2000), escritor israelí, adujo que Barak era el dirigente más corajudo de la historia del estado judío, que no temía realizar concesiones a pesar de que su carrera política pendía de un hilo.

Arafat se comportaba como un halcón, que no sólo se aferraba a sus demandas maximalistas, y rechazaba toda idea presentada por el líder israelí, sino que además se limitaba a escuchar las propuestas de Barak, sin

quiera presentar una vez una contraoferta propia. En la lente del mandatario israelí, para Arafat no había un punto final, pues ninguna nueva cesión lo satisfacía, y ante cada nuevo ofrecimiento se mantenía inamovible (Shavit, 2001: 6). Según Shlomo Ben-Ami, lo que buscaba Arafat era perpetuarse como un mito, dado que si aceptaba el proyecto de Barak debería abandonar ese ideal de un mito, para convertirse en "simplemente el jefe de un pequeño estado" (Ben-Ami, 2001, citado en Shavit, 2001: 9). De hecho, el factor "honor" no estuvo ausente en el cálculo del líder palestino, ya que, tal como lo observa Schvindlerman (2002: 231), "la aceptación de las ofertas de Barak lo hubiera derribado del pedestal del líder histórico que él se [consideraba] y lo hubiera reducido al nivel de un político intrascendente". Además, Barak acusaba al líder palestino de halcón, al despreciar completamente las aspiraciones israelíes y al rechazar totalmente lo ofrecido por el primer ministro israelí. En consecuencia, según el primer ministro israelí, Shimon Peres había tenido razón cuando adujo que Arafat nunca perdía "oportunidad para desperdiciar una oportunidad" (*Le Monde*, 4 de noviembre de 2000).

La Hipótesis 3 se verifica en el caso de Camp David II. Debido a que, en julio de 2000, no existía un "mutually hurting stalemate" que condujera a que el tamaño del conjunto de aceptabilidad de los líderes fuese favorable a los términos de una negociación; como debido a que los líderes de ambas partes no se acercaban a la posición de agente, sino que Arafat era un halcón y Barak se comportaba como una paloma, había menores probabilidades de que la negociación de Camp David II resultase exitosa.

Hipótesis 4: La divisibilidad de las ganancias

Las partes contendientes pueden no arribar a un acuerdo debido a que no pueden decidir cómo dividir las ganancias (Fearon, 1995). Algunos temas no admiten un compromiso, dado que ninguno de los contendientes puede obtener lo que quiere sin deprivar al otro de la mayor parte de lo que anhela (Pillar, 1983, citado en Walter, 1999: 41). Es importante señalar que la soberanía sobre el territorio es indivisible, al menos de acuerdo a la idea westphaliana convencional (Heraclides, 1997: 695). Además, si el territorio reclamado es estratégicamente vital, o económicamente importante, otorgar concesiones territoriales a un estado significaría aumentar las chances del mismo para un ataque o una defensa exitosa (Fearon, 1995: 408). En consecuencia, las disputas territoriales conducen a un juego de suma cero, donde lo que uno pierde, el otro lo gana. Esta situación es contraria a un juego de suma variable, donde ambas partes ganan con la negociación (Zartman, 1991), y donde se arriba a una solución de Nash, donde el resultado Pareto-óptimo es aquel que maximiza los beneficios de ambas partes. Esto se asegura a través de la máxima de Homans, que establece que "cuánto más se puedan dividir los ítems en

bienes valorados más por una parte que lo que le cuestan a la otra, mayores serán las chances de un resultado exitoso" (Zartman, 1983: 10).

A partir de esta teoría, podemos formular la **hipótesis 4, la que establece que: La negociación tendrá más probabilidades de resultar exitosa si las partes pueden dividirse satisfactoriamente las ganancias, de tal forma que los temas en disputa permitan un compromiso, y que el juego resulte ser uno de suma variable.**

La divisibilidad de las ganancias en Oslo

La Declaración de Principios no contenía cláusula alguna que resolviese los temas que se hallaban en el corazón del conflicto palestino-israelí, como ser el estatuto de Jerusalén, el futuro de los refugiados, y los asentamientos judíos en los territorios ocupados por Israel en la Guerra de 1967. El acuerdo aclaraba que dichos temas deberían discutirse en las negociaciones de status permanente a realizarse, a más tardar, al comienzo del tercer año del período interino. De esta manera, tal como lo dictamina Al-Shafi (1993: 6), lo que llevó a que Oslo significase una ruptura con el pasado de enemistad entre israelíes y palestinos fue el hecho de que los temas se dividieron en dos "canastas", una a ser tratada inmediatamente, y la otra a ser negociada en un futuro.

Los temas que se negociaron inmediatamente, y que se incluyeron en la Declaración de Principios eran los que se consideraban aptos para un compromiso. De este modo, se buscaba que el juego resultase ser de suma variable, donde ambas partes ganaran con la negociación, y donde ambas llegaran a una solución de Nash. Es que el acuerdo satisfacía a ambos miembros, tal como lo demuestra la siguiente cita de Gilles Kepel: "Israel se desembarazaba del abceso de fijación de Gaza, donde el costo de mantenimiento del orden era demasiado elevado, y la central palestina podía anunciar a su población un primer resultado tangible, como preludio a la creación de un Estado independiente" (Kepel, 1998: 520-521).¹⁴ En consecuencia, el traspaso del control de Gaza a la OLP se podía entender en el marco de la máxima de Homans, dado que un ítem (Gaza) cuya obtención reportaba un gran beneficio para la OLP, significaba un bajo costo cederlo para Israel.

Además, dado que se sabía que las cuestiones clave del conflicto (refugiados, Jerusalén y asentamientos judíos) eran indivisibles, se obviaron, como para no atascar el camino hacia la reconciliación, y como para que Rabin pudiera cumplir con su promesa de llegar a un acuerdo con

¹⁴ Para el líder israelí, deshacerse del control de la Franja de Gaza y de Cisjordania era una necesidad, dado que, tal como lo advertía un informe del Banco Mundial, la economía de dichos territorios era decadente, al estar la infraestructura pública quebrada, y al ser el desempleo de un 40 por ciento (Muslih, 1994: 74).

los palestinos. Tal como lo dictaminó Abba Eban, "el éxito de la diplomacia consiste mayormente en lo que previene más que en lo que crea" (Michels, 1994: 30). Tal es así que, resulta menester estudiar la naturaleza de cada uno de los temas más álgidos del conflicto, como para entender por qué eran tan difíciles de resolver en una primera instancia de negociación.

La cuestión del derecho de retorno de los refugiados palestinos a sus tierras originarias es considerada en la actualidad como uno de los problemas más delicados de la contienda (*The Economist* 13 abril de 2002, p. 27). La primera guerra árabe-israelí de 1948 arrojó al exilio a alrededor de 750.000 palestinos a los países árabes circundantes, tales como Jordania, el Líbano, Siria, Egipto, entre otros (Barry Rubin, 1994: 4). En 1949, en la Conferencia de Lausana, Israel aceptó un retorno parcial de los refugiados a sus hogares ancestrales en la tierra de Israel, lo que se explica por el hecho de que el estado israelí deseaba entrar a las Naciones Unidas. A pesar de que la Resolución 194 de 1948 de la Asamblea General de las Naciones Unidas reconocía el derecho de regreso a sus tierras de los refugiados como de su debida compensación, la Guerra de los Seis Días de 1967 expulsó a una nueva ola de palestinos, conocidos con el nombre de "desplazados". Según Israel, los mismos suman 250.000, mientras que la OLP afirma que los mismos llegan a la cifra de un millón, diferencia numérica que se debe a que los palestinos incluyen en sus cálculos a los descendientes de los refugiados (Pérez Llana, 1998: 320). Los Acuerdos de Oslo ni siquiera mencionaban a los refugiados de 1948, ni a sus descendientes, sino que relegaban el tratamiento de su futuro a las conversaciones permanentes a terminar antes de los cinco años del período interino. Es por esto que, los palestinos expulsados tras la Guerra de la Independencia (o la "nakbat"), se oponían tan fervientemente a la Declaración de Principios. En tanto, dicho documento se refería a los "desplazados" en 1967, aduciendo que un comité cuatripartito formado por Jordán, Israel, Egipto, y los palestinos trataría sus demandas.

La ciudad de Jerusalén estaba bajo control total de Israel desde junio de 1967, fecha en la que ocurrió su reunificación y desde la que el estado judío anexó Jerusalén del Este (antes bajo jurisdicción de Jordania). Dicha reunificación no fue considerada legítima por la mayoría de los países del mundo, y ni siquiera en el presente, su fervoroso aliado, Estados Unidos, reconoce a Jerusalén como la capital del estado judío. Cabe destacar que la ciudad de Jerusalén se divide en dos partes : la "Jerusalén celeste", y la "Jerusalén terrestre". La primera de ellas, siendo la Ciudad Vieja, contiene los lugares sagrados de las religiones musulmana, cristiana y judía: la Mezquita de al-Aqsa; la Iglesia del Santo Sepulcro; el Muro de los Lamentos y la "Cúpula de la Roca", respectivamente (Abu Odeh, 1992: 187). Por otro lado, en la "Jerusalén terrestre" conviven israelíes y palestinos, y dado a que allí no existen sitios religiosos, la disputa esencial entre Israel y los palestinos no se refiere a dicha parte de la ciudad.

Empero, lo cierto es que no sólo los palestinos proclaman a toda Jerusalén como su capital, sino que también Israel lo hace, lo que quedó demostrado en las declaraciones de Rabin frente al Knesset antes de la firma de la Declaración de Principios, de que la Ciudad Santa no iba a estar abierta a las negociaciones, dado que había sido y seguiría siendo por siempre la capital del pueblo judío (Lustick, 1993: 50). Además, según un estudio de opinión realizado entre los judíos israelíes en noviembre de 1990, un 89 por ciento de los encuestados no deseaban, bajo ninguna circunstancia, considerar un compromiso de paz sobre Jerusalén (Lustick, 1993: 44). De esta forma, es comprensible que, en Oslo, el tratamiento del status de Jerusalén haya sido deferido para un futuro, al ser un tema de soberanía y de religión no negociable.

Luego de la Guerra de 1967, fue el ministro de Defensa en dicho entonces, Shimon Peres (canciller al momento de la firma de la Declaración de Principios), quien autorizó la instalación de colonos judíos en Cisjordania. Con el triunfo de Begin como primer ministro del Likud en 1977, los asentamientos judíos en los territorios de Gaza y Cisjordania continuaron creciendo, apoyados en la lógica mesiánica de que eran necesarios para construir el "Gran Israel", el "Estado de Dios" que revelaría "la imagen del Señor en la Tierra" (Pérez Llana, 1998: 322-323; Bishara, 2002: 25). Tal es así que, para el momento de la firma de la Declaración de Principios, 225.000 colonos vivían en 150 asentamientos en el Margen Occidental y en Gaza, como en ocho asentamientos construidos en Jerusalén (Muslih, 1994: 73-74). La Declaración de Principios de Oslo no decía nada respecto al repliegue de los asentamientos judíos en los territorios ocupados (Al-Shafi 1993, p. 14). Esto sucedía a pesar de que los únicos instrumentos legales contenidos en los Acuerdos de Oslo eran las Resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas 242 de 1967 y 338 de 1973 (la que reafirmaba los contenidos de la primera). Cabe recordar que ambas resoluciones llamaban a una retirada de las tropas israelíes de los territorios ocupados en la Guerra de los Seis Días. Conviene aquí subrayar que Israel interpretaba dicha resolución como no requiriéndole el repliegue de todos los territorios ocupados, dado que la versión que fue aprobada en inglés se refería solamente a "territorios" ocupados en 1967, y no a "los territorios" tal como aparecía en la versión en francés. Así, Israel no veía en la inclusión de la Resolución 242 en la Declaración de Principios una obligación a retirarse de todos los territorios ocupados en 1967, al contrario de los árabes, quienes entendían que el repliegue total era esperable (Roy, 2002: 10).

De esta manera, la Hipótesis 4 se verifica en Oslo: debido a que los temas que se discutieron permitían un juego de suma variable, donde las ganancias eran divisibles, las probabilidades de éxito de las negociaciones eran mayores. Por otro lado, podemos concluir que, justamente porque se sabía que si los temas más conflictivos (refugiados, Jerusalén y

asentamientos judíos en los territorios ocupados) eran tratados, las negociaciones se quebrarían, los mismos fueron dejados de lado. De este modo, la resolución de dichos temas quedaría relegada para la Cumbre de Camp David II, realizada en julio de 2000, lo cual analizaremos en la siguiente sección.

La divisibilidad de las ganancias en Camp David II

En los temas que estaban en el centro neurálgico del conflicto, como ser el de los refugiados palestinos, el de los asentamientos judíos en los territorios ocupados, el de Jerusalén, y el del control del agua, las ganancias no parecían fácilmente divisibles, sino que más bien dichas cuestiones iban a permitir soluciones de suma cero, donde, inevitablemente lo que uno perdía, el otro lo ganaba.

Con respecto a los asentamientos en territorios ocupados, los mismos se expandieron desde la firma de la Declaración de Principios, e incluso bajo el gobierno de Ehud Barak, las colonias judías en Gaza y en Cisjordania aumentaron a una tasa de 51 por ciento, lo que implicaba una proliferación de asentamientos mucho mayor a la ocurrida durante el gobierno del likudista Benjamin Netanyahu.¹⁵ Esto se comprende si se tiene en cuenta que el ministro de colonias era Itzak Levy, dirigente del Partido Religioso Nacional que formaba parte de la coalición de Barak, y que proclamaba un estado judío que se extendiera del Mar Mediterráneo hasta el río Jordán. Debido a esto, para julio de 2000, 200.000 colonos judíos vivían en cerca de 200 asentamientos en los territorios ocupados (sin tener en cuenta los 130.000 colonos judíos adicionales que habitaban en Jerusalén del Este). Así, ni un solo colono ni una colonia habían sido removidos en siete años del proceso de paz, sino que los asentamientos aparecían como las células de un cáncer que ya había entrado en metástasis. La solución traída por Barak a Camp David II para resolver el problema de los asentamientos judíos consistía en anexar la mayoría de los mismos (alrededor de un 80 por ciento) a Israel.¹⁶ En efecto, Israel trasladaría a su soberanía 8 por ciento de Cisjordania, específicamente los territorios alrededor de los tres bloques de asentamientos, como ser los de "Maále Adumim", "Etzion", y Ariel. En contra de la postura defendida por Barak y Shlomo Ben-Ami, el proyecto de anexación judío llevaría, a que el Margen Occidental se transformase en una "rebanada de queso gruyere", donde los pequeños redondeles separados entre sí hubieran sido los enclaves palestinos, y las sustanciosas partes amarillas que los hubieran rodeado representarían los

¹⁵ Es importante destacar que, en materia de política de asentamientos, no existía mucha diferencia entre los partidos Laborista y Likud, dado que ninguno de los dos frenó la construcción de nuevas colonias ni la expansión de las ya existentes (Stern, 2000: 4).

¹⁶ El restante 20 por ciento de los colonos judíos tendrían la opción de ser parte del nuevo estado palestino, o de regresar a Israel (*The Economist*, 29 de junio de 2000).

asentamientos judíos (Bishara, 2002: 24). Obviamente, una propuesta de dicho carácter fue rechazada por los palestinos, más allá de que, a cambio de la anexación por parte del estado de Israel se ofreciese un 92 por ciento de Cisjordania, como también tierras en Israel que compensarían al 8 por ciento acoplado por el estado judío.

Con relación a los refugiados, no se llegó a solución alguna que satisficiera a los palestinos, dado que éstos reclamaban el reconocimiento del derecho al retorno, como la implementación del mismo (o compensación en caso de no querer ejercerlo). Israel rechazó desde el inicio toda responsabilidad con relación al origen del drama. El estado judío argumentaba que fueron los árabes quienes causaron el problema en 1948, al oponerse a la creación de Israel, y al declararle la guerra que creó el problema de los refugiados, entre los cuales, incluso había judíos (Ben-Ami, 1999: 213). En consecuencia, Barak se negó a presentar cualquier tipo de disculpa, y menos aún, a reconocer el derecho del retorno de los refugiados palestinos a sus hogares abandonados. Sólo se aceptaría una cuota de retorno de 100.000 refugiados provenientes del Líbano (y sólo bajo las leyes de reunificación familiar), mientras que se insinuó que el resto debería instalarse en el estado palestino naciente. Así, lo único que se permitiría sería que los ancianos volvieran a sus hogares en Israel para ver a sus familias antes de morir. Barak describía dicha situación como el "síndrome del salmón", dado que dicha especie se caracteriza por el regreso al lugar de nacimiento para morir (Morris, 2002: 44). Además, Israel propuso que se firmara un documento que, de allí en más, lo eximiera de toda responsabilidad por el problema de los refugiados palestinos. Este plan estaba diseñado para evitar que, en un futuro, el retorno de los refugiados llevase a que la composición demográfica judía de Israel desapareciera, amenazando la existencia misma del estado de Israel.

Paradójicamente, Jerusalén, que en hebreo significa "Ciudad de la Paz", fue la cuestión que "asesinó" cualquier posibilidad de llegada a un acuerdo palestino-israelí. En la cumbre de Camp David II quedó demostrado que la Ciudad Santa conformaba la médula del conflicto, al ser allí donde lo religioso alcanzaba su máxima expresión, y, por ende, donde las ganancias eran más indivisibles. Fue precisamente esta cuestión la que más se discutió en Camp David II, y fue también la que mostró el abismo que separaba a ambas partes. El plan presentado por Barak, y, luego reafirmado por Clinton, que luego sería rechazado por Arafat, consistía en otorgar soberanía palestina a los barrios árabes ubicados en "el anillo exterior" de Jerusalén, a la vez que se permitía que once barrios judíos en el este de la ciudad fueran parte de Israel (*The Economist*, 14 de septiembre de 2000). También, el proyecto estipulaba que los barrios cristianos e islámicos de la Ciudad Vieja serían anexados al estado palestino, como así habría un fideicomiso palestino sobre el Monte del Templo/ la Mezquita de al-Aqsa (cuya soberanía seguiría siendo israelí)

(Roy, 2002: 15). De este modo, lo que Arafat no pudo admitir de dicha propuesta era que la soberanía sobre el tercer lugar más sagrado del Islam (luego de la Meca y Medina) fuese para Israel, por lo que prefirió perderlo todo antes que rendirse a aceptar un control palestino justamente en el lugar donde Mahoma había ascendido al cielo. Con la negación de Arafat a siquiera a presentar otra oferta para repartir el control de Jerusalén, la Cumbre de Camp David II culminó. En consecuencia, el control de un espacio menor a medio kilómetro cuadrado, que comprende los lugares sagrados para judíos, cristianos y musulmanes, surgió como el principal escollo en el camino a la paz (Hadas 2000, p. 8). Para el caso de la Ciudad Santa, se comprobó lo que alguna vez adujo Isaiah Berlin, de que los grandes conflictos son insolucionables pues involucran principios absolutos y visiones que no admiten compromiso (Hertzberg, 2001).

A pesar de ser el tema del agua uno de los más importantes de Medio Oriente, en Camp David II dicha cuestión no fue tratada, dado que, tal como lo destacó Ben-Ami, los palestinos se negaron a entrar en negociaciones respecto a dicha cuestión. La principal fuente de agua para el estado judío provenía del acueducto Yarkon-Taninim (un conjunto de arroyos subterráneos ubicado en el Margen Occidental), el que proveía cuarenta por ciento de la demanda de agua israelí, mientras que los Altos de Golán (ocupados desde 1967) suministraban un treinta por ciento de agua adicional (Schvindlerman, 2002: 380). Además, Israel extraía agua de la base del río Jordán, la cual capturó a partir de la Guerra de los Seis Días. A partir de ésta última, Israel ha controlado los recursos acuíferos de Cisjordania y de la Franja de Gaza, restringiendo el uso del agua a los palestinos. Como resultado de ello, Israel tiene mayores cuotas de acceso al agua que los palestinos, y hasta incluso comenzó a ofrecer la venta de su tecnología de desalinización del agua a los estados en la región (Massoud, 2000). Además, Israel sigue teniendo el control mayoritario sobre el agua de la región, dado que Israel teme que una administración palestina de dicho recurso utilice el agua como un instrumento de chantaje, o como una fuente de contaminación. Esto no es exagerado si se recuerda que el primer ataque de la facción Fatah, a principios de los años ´60, fue contra un acueducto israelí, cuyo objetivo había sido hacer que el río Jordán fluyese de tal manera que no pasase por Israel. De esta forma, la cuestión del agua permanece como una que conduce a un juego de suma cero, dado que es impensable el manejo conjunto por los peligros que ello acarrearía.

La hipótesis 4 se verifica en las negociaciones de Camp David II. Dado a que en los temas de los refugiados, de los asentamientos judíos en los territorios ocupados, del agua, y sobre todo, de Jerusalén, las ganancias aparecían como no divisibles, había menores probabilidades de firma de un acuerdo de paz.

Conclusiones:

Abba Ebban, ex-ministro de relaciones exteriores de Israel, declaró en alguna ocasión que en Medio Oriente las partes sólo comienzan a actuar razonablemente después de haber cometido todos los errores posibles (Hadas, 2000: 8). Esta situación caracterizaba a la firma de los Acuerdos de Oslo de septiembre de 1993, pero no así a la Cumbre de Camp David II. Si la Declaración de Principios simbolizaba un nuevo comienzo en las relaciones entre israelíes y palestinos, "un gran emprendimiento, una noble tentativa, y un esfuerzo heroico [para] transformar la región" (Indyk, 2001, citado en: Schvindlerman, 2002: 426), Camp David II marcó la caída en el abismo del gran sueño de paz de Oslo. En vez de completar las etapas acordadas en la Declaración de Principios, Camp David II echó por la borda los logros alcanzados en Oslo, sin poder arribarse a acuerdo alguno. Entender por qué en Oslo las partes acordaron un arreglo de paz, mientras que en Camp David II se llegó a un punto muerto sin posibilidad de avance hacia un tratado, ha sido el objetivo de este trabajo. Para ello, hemos analizado las diversas variables independientes provistas por las teorías de la negociación internacional para explicar el resultado de las negociaciones. Dichas variables nos sirvieron para formular cuatro hipótesis que fueron probadas en los casos de Oslo y de Camp David II.

A partir de los resultados obtenidos, debemos dedicarnos ahora a realizar un análisis comparativo de Oslo y Camp David II en torno a dos cuestiones. En primer lugar, debemos ver qué variables independientes estaban presentes tanto en Oslo como en Camp David II, debido a que las mismas se podrían tornar en constantes, sin poder explicatorio de las divergencias en los resultados de Oslo y de Camp David II. Por consiguiente, las variables que se repetían tanto en ambas negociaciones eran las siguientes: la intervención de Estados Unidos como un mediador parcial (pro-israelí), así también como un "formulador"; la no existencia de garantías creíbles por parte de un tercero para el control de la implementación de un posible acuerdo; y; por último, la existencia de "aguafiestas externos" totales tanto en el frente doméstico israelí como en el palestino.

En segundo lugar, se deben identificar cuáles eran las variables que existían en septiembre de 1993, pero no así en julio de 2000, dado que las mismas deberían tener una fuerte correlación causal con el éxito de Oslo y el fracaso de Camp David II. Es decir que, para comprender por qué en Oslo las condiciones para la firma de un tratado de paz entre israelíes y palestinos eran más favorables que en la negociación de Camp David II, se debe examinar qué cambio hubo en las variables independientes de uno a otro caso. Por lo tanto, las variables independientes presentes en Oslo, pero no así en Camp David II, que aumentaban la probabilidad de éxito de una negociación exitosa entre israelíes y palestinos, se enumeran a continuación: la existencia de un mediador imparcial como Noruega; un

tamaño del conjunto ganador grande de ambas partes contendientes; la existencia de un "mutually hurting stalemate" que aumentase el tamaño del conjunto de aceptabilidad de los líderes; la presencia de jefes nacionales, tales como Arafat y Rabin, que se acercaban a la posición de agente, y se alejaban de la de paloma y halcón; y el hecho de que los temas discutidos admitían una división de las ganancias, y, por ende, un juego de suma variable.

En tanto, el fracaso de Camp David II estuvo marcado por la presencia de las siguientes variables, inexistentes para el caso de Oslo, y que condujeron a que, en julio de 2000, las probabilidades de una negociación exitosa fuesen menores que en septiembre de 1993: la falta de un mediador imparcial, tal como lo había sido Noruega en 1993; un tamaño pequeño del conjunto ganador de cada una de las partes contendientes; la inexistencia de un "mutually hurting stalemate" que aumentara el tamaño del conjunto de aceptabilidad de los líderes; la presencia de jefes nacionales que no se comportaban como agentes, sino como paloma (Barak) y halcón (Arafat); y la imposibilidad de dividir las ganancias en los temas de los refugiados palestinos, los asentamientos judíos en los territorios ocupados, el control del agua, y, particularmente, la soberanía de Jerusalén. La existencia de dichas variables determinaron que en Camp David II feneciera todo intento de firma de un acuerdo de paz, y a que, a partir de allí, las partes contendientes cayeran en un precipicio de hostilidad, y de frustración. En efecto, luego del fracaso de la cumbre llevada a cabo en la residencia de veraneo del presidente norteamericano en Maryland (Estados Unidos), ambos pueblos volvieron a los elementos fundamentales del enfrentamiento, al demonizar al otro, al mismo tiempo que se victimizaba a la propia parte. La ruptura completa en las relaciones entre palestinos e israelíes se evidenció en el estallido de la Segunda Intifada Al-Aqsa el 28 de septiembre de 2000, la que explotó luego de la provocadora visita del líder del Partido Likud para dicho momento, Ariel Sharon, al Monte del Templo/Haram-al Sharif. No es exagerado afirmar que dicho paseo de Sharon inflamó el resentimiento árabe hacia ya un moribundo proceso de paz, dado que se trataba de la persona equivocada, en el momento equivocado, en el lugar equivocado. Sharon era el israelí más odiado entre los palestinos, por ser un criminal de guerra que planeó la Guerra del Líbano en donde 19.000 árabes perdieron la vida, como así también por ser el organizador de la masacre de cientos de civiles palestinos refugiados en los campos de Sabra y Shatilla (Robinson, 2001: 17). Así, la llama del odio de los palestinos hacia el proceso de paz se transformó en un incendio cuando este ex-general hizo una visita a un lugar sagrado para el Islam, con la intención de transmitir el mensaje al mundo árabe de que la soberanía sobre Jerusalén era judía. De esta manera, desde el inicio de la Segunda Intifada hasta agosto de 2004, 3.145 vidas palestinas e israelíes se han perdido, producto de una metodología binaria de atentados terroristas palestinos y represalia israelí a dichos

ataques fundamentalistas. En el momento en que se escriben estas líneas (septiembre de 2004), el plan de paz elaborado por la Unión Europea, Estados Unidos, las Naciones Unidas y Rusia (conocido como la Hoja de Ruta) ha fracasado rotundamente.¹⁷ Por el lado israelí, sedeben enumerar los siguientes elementos que han congelado en el presente cualquier posibilidad de una negociación palestino-israelí: (i) Israel ha considerado como un derecho natural del pueblo judío asesinar (a fines de marzo de 2004) al líder espiritual de Hamas, Ahmed Yassin; (ii) En abril de este año, Sharon aseguró, en alusión a Arafat, que "quien fomenta la muerte de judíos es 'Ben Mavet'" (pasible de muerte en hebreo) (*Clarín* 6 de abril de 2004), por lo que parecería que el próximo blanco del ejército israelí sería el mismo presidente de la Autoridad Nacional Palestina; (iii) A pesar de que en un fallo de julio de 2004 la Corte Internacional de Justicia de la ONU ha considerado ilegal el muro de separación entre Cisjordania e Israel, cuya construcción ha sido iniciada por el premier Sharon en 2002, Israel no ha detenido las obras de la valla que, una vez terminada en 2005, se extenderá por 700 kilómetros; (iv) Sharon ha anunciado un plan unilateral de levantamiento para fines de 2005 de los asentamientos israelíes en la franja de Gaza, y de cuatro asentamientos aislados en el norte de Cisjordania, plan que no sólo no ha sido negociado con los palestinos, y que, por cierto, está lejos de satisfacer las demandas de los mismos, sino que también ha sido rechazado por los aliados de extrema derecha del primer ministro israelí en el Knesset, lo que ha llevado a una crisis política del gobierno israelí, el que aún no ha logrado armar una nueva coalición. Por otro lado, los grupos extremistas palestinos como Hamas y la Yihad Islámica han abandonado la tregua declarada el 27 de junio de 2003, y han prometido venganza ante el sangriento ataque al jefe del grupo islámico Hamas, mientras que la crisis entre Arafat y el premier israelí, Ahmud Qurai, sigue en pie. Así, dada la amenaza que representa el conflicto árabe-israelí para la pacificación del Medio Oriente, resulta menester identificar las variables necesarias que existan para que una negociación de paz resulte exitosa de aquí en un futuro, las que fueron halladas en este trabajo, y que son las siguientes: la mediación por parte de un tercero imparcial; un tamaño del conjunto ganador que sea favorable a los términos de la negociación; la existencia de un "mutually hurting

¹⁷ La Hoja de Ruta fue firmada el 4 de junio de 2003 por Ariel Sharon, primer ministro israelí desde 2001, y por el recién renunciante premier palestino Abu Mazen (Mahmoud Abbas), bajo la mediación del presidente norteamericano George Bush hijo. Dicho documento dictaminaba que el proceso de paz avanzaría en tres fases: una primera etapa, a iniciarse en junio de 2003, en la que los palestinos deberían cesar con la violencia, e Israel debería retirarse de las áreas ocupadas desde el 28 de septiembre de 2000; un segundo periodo, a comenzar en diciembre de 2003, en donde se crearía un estado palestino independiente con fronteras provisionales y atributos de soberanía; y una tercera y última fase en la que se pondría en funcionamiento el estado palestino independiente, como también en la que se tratarían los problemas más espinosos de la contienda, como ser los traídos a la mesa de negociaciones de Camp David II (Jerusalén, los asentamientos judíos, y los refugiados palestinos) (*Clarín*, 5 de junio de 2003: 25).

stalemate" que aumente el tamaño del conjunto de aceptabilidad de los líderes; la presencia de jefes nacionales que actúen como agentes; y la existencia de temas que permitan dividir las ganancias, y, por ende, juegos de suma variable.

Cabe destacar que los aportes realizados por este trabajo son cuatro: (i) haber enriquecido el análisis del conflicto árabe-israelí, y, específicamente, de las negociaciones de Oslo y de Camp David II, al entenderlos desde el enfoque novedoso de las teorías de negociación; (ii) haber probado las teorías de negociación a una contienda específica, determinando el alcance y la utilidad de dichas teorías en la práctica para la solución de conflictos; (iii) haber identificado las variables que condujeron al éxito de Oslo y al fracaso de Camp David II; y, por último, (iv), haber reconocido las variables necesarias para que en la actualidad se proceda a un cese de las hostilidades palestino-israelíes que hoy se presentan como una amenaza clave a la estabilidad política y económica del Medio Oriente.

Bibliografía

Libros sobre las teorías de negociación internacional

Brown, Michael et al.(Eds.). (2000): *Theories of War and Peace*. London: The Mitt Press, pp. 257-291

Burgess, Heidi y Burgess, Guy M. (1997): *Encyclopedia of Conflict Resolution*. California. ABC-Clio.

Crocker, Chester A. y Osler Hampson, Fen (Eds.). (1996): *Managing Global Chaos. Sources of and Responses to International Conflict*. Washington: United States Institute of Peace Press, pp. 463-474

Evans, Peter; Jacobson, Harold, y Putnam, Robert (Eds.). (1993): *Double-Edged Diplomacy. International Bargaining and Domestic Politics*. London: University of California Press

Fisher, Roger, y Ury, William. (1991): *Getting to Yes. Negotiating Agreement Without Giving In*. New York: Penguin Books

Fisher, Roger. (1969): *International Conflict for Beginners*. New York: Harper Torchbooks.

Horowitz, Donald. (1985): *Ethnic Groups in Conflict*. Berkeley: University of California Press

Jeffrey Z. Rubin (Ed.) (1991): *International Negotiation-Analysis, Approaches, Issues-*, San Francisco: Jossey Bass Publishers.

Kydd, Andrew. (2000): *Mediation, Preferences and Credibility*. Riverside: University of California.

Lake, David A y Powell, Robert (Eds.). (1999): *Strategic Choice and International Relations*. Princeton: Princeton University Press

Merrills, J. G. (2000): *International Dispute Settlement*. Cambridge: Cambridge University press, pp. 1-39

Nicholson, Michael. (1992): *Rationality and the Analysis of International Conflict*. Cambridge: Cambridge University Press

Oye, Kenneth (Ed.). (1986): *Cooperation under Anarchy*. Princeton: Princeton University Press

Pearson, Frederic ,y Rochester, Martin. (2000): *Relaciones Internacionales. Situación Global en el siglo XXI*. Bogotá: Mac Graw Hill. pp. 241-263

Sisk, Timothy. (1997): *Power Sharing and International Mediation in Ethnic Conflicts*. Washington: The United States Institute of Peace Press

Skocpol, Theda. (1994): The uses of comparative history in macrosocial inquiry, en *Social revolutions in the modern world*. Cambridge: Cambridge University Press

Tsebelis, George. (1990): *Nested Games: Rational Choice in Comparative Politics*. Berkeley: University of California Press

Walter, Barbara y Snyder, Jack (Eds.). (1999): *Civil Wars, Insecurity and Intervention*. New York: Columbia University Press, pp.37-69

Walter, Barbara. (2002): *Committing to Peace. The Successful Settlement of Civil Wars*. Princeton: Princeton University Press

Zartman, William (Ed.). (1983): *The 50 % Solution. How to Bargain Successfully with Hijackers, Strikers, Bosses, Oil Magnates, Arabs, Russians, and Other Worthy Opponents in This Modern World*. New York: Yale University Press

_____. (1989): *Ripe for Resolution: Conflict and Intervention in Africa*. New York: Oxford University Press.

Zartman, William y Rasmussen, Lewis (Eds.). (1997): *Peacemaking in International Conflict. Methods & Techniques*. Washington: United States Institute Peace Press

Artículos (en libros y revistas académicas) sobre las teorías de negociación internacional

Bercovitch, Jacob. (1997): "Mediation in International Conflict": An Overview of Theory, A Review of Practice. En William Zartman y Lewis Rasmussen (Eds.). *Peacemaking in International Conflict. Methods & Techniques*. Washington: United States Institute Peace Press, pp. 125-154

Betts, Richard. (1994): "The Delusions of Impartial Intervention". En Chester A. Crocker y Fen Osler Hampson (Eds.). *Managing Global Chaos. Sources of and Responses to International Conflict*. Washington: United States Institute of Peace Press, pp. 333-342

Druckman, Daniel. (1997): "Negotiating in the International Context". En William Zartman y Lewis Rasmussen (Eds.). *Peacemaking in International Conflict. Methods & Techniques*. Washington: United States Institute Peace Press, pp.81-124

Dupont, Christopher y Faure, Guy-Olivier. (1991): "The Negotiation Process". En Jeffrey Z. Rubin (Ed.) *International Negotiation -Analysis, Approaches, Issues-*, San Francisco: Jossey Bass Publishers, pp.40-57

Fearon, James.(1994): "Domestic Political Audiences and the Escalation of International Disputes". *American Political Science Review*, vol.88, pp.577-92

_____. (1995): "Rationalist Explanations for War". *International Organization*, vol.49, no.3, pp.379-414

_____.(1998): "Bargaining, Enforcement and International Cooperation". *International Organization*, vol.52, no.2, pp.269-305

Glaser, Charles. (1992): "Political Consequences of Military Strategy: Expanding and Refining the Spiral and Deterrence Models". *World Politics*. Vol. 44. No. 4, pp. 497- 538

_____. (1997): "The Security Dilemma Revisited". *World Politics*. Vol. 50. No. 1, pp. 171-201

Gurr, Ted. (1996): "Minorities, Nationalists, and Ethnopolitical Conflict". En Chester A. Crocker y Fen Osler Hampson (Eds.). *Managing Global Chaos. Sources of and Responses to International Conflict*. Washington: United States Institute of Peace Press, pp.53-78

Heraclides, Alexis. (1997): "The Ending of Unending Conflicts: Separatist Wars". *Millennium: Journal of International Studies*, vol.26, no. 3, pp. 679-707

Jervis, Robert. (1978): "Cooperation Under the Security Dilemma". *World Politics*, vol.30, no.2, pp.167-214

Kaufmann, Chaim. (1996): Possible and Impossible Solutions to Ethnic Civil Wars. *Intenational Security*, vol. 20

_____. (1999): "When All Else Fails: Evaluating Population Transfers and Partition as Solutions to Ethnic Conflict". En Barbara Walter y Jack Snyder (eds.).*Civil Wars, Insecurity and Intervention*. New York: Columbia University Press, pp.221-60

Kelman, Herbert. (1997): "Social-Psychological Dimensions of International Conflict". En William Zartman y Lewis Rasmussen (Eds.). *Peacemaking in*

International Conflict. Methods & Techniques. Washington: United States Institute Peace Press, pp.191-238

_____. (1996): "The Interactive Problem-Solving Approach". En Chester A. Crocker y Fen Osler Hampson (Eds.). *Managing Global Chaos. Sources of and Responses to International Conflict*. Washington: United States Institute of Peace Press, pp. 501-520

Lake, David y Rothchild, Donald. (1996): "Containing Fear: The origins and Management of Ethnic Conflict", *International Security*, vol. 21, no. 2, pp 41-75.

Lewis, Samuel y Stein, Kenneth. (1996): "Mediation in the Middle East". En Chester A. Crocker y Fen Osler Hampson (Eds.). *Managing Global Chaos. Sources of and Responses to International Conflict*. Washington: United States Institute of Peace Press, pp. 463-474

Moravcsik, Andrew. (1993): "Integrating International and Domestic Theories of International Bargaining". En Peter Evans, Harold Jacobson, y Robert Putnam (eds.). *Double- Edged Diplomacy. International Bargaining and Domestic Politics*. London: University of California Press, pp.3-42

Morrow, James. (1999): "The Strategic Setting of Choices: Signaling, Commitment, and Negotiation in International Politics". En David A. Lake y Robert Powell (Eds.). *Strategic Choice and International Relations*. Princeton: Princeton University Press, pp. 77-114

Nicholson, Michael. (1992): "*Rationality and the Analysis of International Conflict*". Cambridge: Cambridge University Press

Oye, Kenneth. (1986): "Explaining Cooperation under Anarchy: Hypotheses and Strategies". En Kenneth Oye (Ed.). *Cooperation under Anarchy*. Princeton: Princeton University Press, pp. 1-24

Posen, Barry: (1993): "The Security Dilemma and Ethnic Conflict". *Survival*, vol. 35, No 1, pp 27-47.

Putnam, Robert. (1988): "Diplomacy and Domestic Politics". The Logic of Two-Level Games. *International Organization*, vol.42, pp.427-460

Sergeev, Victor. (1991): "Metaphors for Understanding". En Jeffrey Z. Rubin (Ed.) *International Negotiation -Analysis, Approaches, Issues-*, San Francisco: Jossey Bass Publishers, pp.58-64

Snyder, Jack y Jervis, Robert: (1999): "Civil War and the Security Dilemma". En Barbara Walter y Jack Snyder (eds.). *Civil Wars, Insecurity and Intervention*. New York: Columbia University Press, pp. 15-37.

Stedman, Stephen John. (1997): "Spoiler Problems in Peace Process". *International Security*, vol. 22, No. 2., pp. 5-53.

Touval, Saadia y Zartman, William. (1996): "International Mediation in the Post-Cold War Era". En Chester A. Crocker y Fen Osler Hampson (Eds.).

Managing Global Chaos. Sources of and Responses to International Conflict. Washington: United States Institute of Peace Press, pp. 445-462

Underdal, Arild. (1991): "The Outcomes of Negotiation". En : Jeffrey Z. Rubin (ed.) *International Negotiation-Analysis, Approaches, Issues-*, San Francisco: Jossey Bass Publishers, pp.100-115.

Van Evera, Stephen. (1994): "Hypotheses on Nationalism and War". En Michael Brown et al.(Eds.) *Theories of War and Peace.* London: The Mitt Press, pp. 257-291

Walter, Barbara. (1999): "Designing Transitions from Civil War". En Barbara Walter y Jack Snyder (eds.).*Civil Wars, Insecurity and Intervention.* New York: Columbia University Press, pp.37-69

Zartman, William. (1975): "Negotiations: Theory and Reality". *Journal of International Affairs.* Vol. 9. No. 1, pp. 69-77

_____. (1991)b. "Regional Conflict Resolution". En Jeffrey Z. Rubin (Ed.). *International Negotiation -Analysis, Approaches, Issues-*, San Francisco: Jossey Bass Publishers, pp.302-314

_____. (1991)a. "The Structure of Negotiations". En Jeffrey Z. Rubin(Ed.) *International Negotiation -Analysis, Approaches, Issues-*, San Francisco: Jossey Bass Publishers, pp.65-77

_____. (1997): "Toward the resolution of International Conflicts". En William Zartman y Lewis Rasmussen (Eds.). *Peacemaking in International Conflict. Methods & Techniques.* Washington: United States Institute Peace Press, pp. 3-22

Libros sobre el conflicto árabe-israelí

Ben-Ami, Shlomo. (1999): *Israel, entre la guerra y la paz.* Barcelona: Ediciones B

_____. (2002): *¿Cuál es el futuro de Israel?.* Buenos Aires: Ediciones B

Burgess, Heidi y Burgess, Guy M. (1997): *Encyclopedia of Conflict Resolution.* California. ABC-Clio

Ivanier, Ariel. (2000): *Israel frente al desafío de paz: el camino hacia la reconciliación.* Tesis Universidad de San Andrés.

Kepel, Gilles. (2000): *Expansión y declive del islamismo.* Traducción de Marga Latorre, Barcelona. Península Atalaya.

Pérez Llana, Carlos. (1998): *El Regreso de la Historia. La política internacional después de la Guerra Fría.* Buenos Aires: Sudamericana/ UdeSa, pp.315-324

Rubin, Barry. (1994): *Revolution until victory*. London: Harvard University Press

Russell, Roberto y Samoilovich, Daniel (Eds.).(1979): *El conflicto árabe-israelí. Desde sus orígenes hasta el Tratado de Paz entre Egipto e Israel*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano

Schvindlerman, Julián. (2002): *Tierras por paz, tierras por guerra*. Buenos Aires: Ensayos del Sud

Artículos (en revistas académicas y diarios) sobre el conflicto árabe-israelí

Abd Al-Shafi, Haydar. (1993): "The Oslo Agreement. An Interview with Abd Al-Shafi". *Journal of Palestine Studies*. Vol. 23, Issue 1, pp. 14-19.

Agha, Hussein and Malley, Robert. (2002): "A Reply to Ehud Barak". *The New York Review of Books* . vol.49, no.10, pp.46-49

Aruri, Nasser. (1998): "Oslo`s Muddled Peace". *Current History*, pp.7-12

Bishara, Marwan. (2002): "El cáncer de las colonias israelíes". *Le Monde Diplomatique*. vol. 36, pp. 24-25.

Braun, Rafael, Floria, Carlos y Kovadloff, Santiago. (2002): "Una catástrofe de política internacional". *Revista Criterio*, no.2271, pp.133-140

Christinson, Kathleen. (1994): "Splitting the Difference: The Palestinian-Israeli Policy of James Baker". *Journal of Palestine Studies*. Vol. 24, Issue 1, pp. 39-50.

Clarín. Histórico paso por la paz entre israelíes y palestinos. 5 de junio de 2003, pp. 24-25

Clarín. Sharon dice que Arafat se merece la pena de muerte. 6 de abril de 2004, p.21

Diario de la Guerra. "Los fundamentos, historia e ideología del terrorismo sagrado" (Fragmentos escogidos del libro Orígenes del terrorismo de Walter Reich). 4 de noviembre del 2001, pp.44-45

Doron Gideon. (1993): "Labor´s Return to Power in Israel". *Current History*. vol. 92 no. 570, pp 27-31.

Elon, Amos. (1993)."A Visit with Arafat" .The New York Review. Vol. XV, no. 14, pp. 24-28.

Gazit, Shlomo. (1998). "Israel and the Palestinians: Fifty Years of Wars and Turning Points". *The Annals of the American Academy*. Vol. 82, No. 115

Hadas, Samuel. (2000): "La batalla de Jerusalén". *Política Exterior*, vol. 14, no.78, pp.7-14

Heller, Mark. (1994). "The Israeli Palestinian Accord: An Israel View". *Current History*. vol. 93, no. 580, pp 56-61.

Hermann, Tamar & Yuchtman-Yaar, Ephraim. (2002): "Divided yet United: Israeli-Jewish Attitudes Toward the Oslo Process". *Journal of Peace Research*, pp. 597-613.

Hudson, Michael. (1994): "The Clinton Administration and the Middle East: Squandering the Inheritance?" *Current History*. vol. 93, no. 580, pp 49-55.

Inbar, Efraim. (1998): "Israel National Security, 1973-96". *THE ANNALS, AAPSS*, vol. 555, pp. 62-81

Kapeliuk, Amnon. (2000): "Cercano Oriente, entre la crisis y la paz". *Le Monde Diplomatique*. no. 2, pp. 22-23

Kelman, Herbert. (1998): "Israel in Transition from Zionism to Post Zionism". *The Annals of the American Academy*

Khaladi, Rashid. (1994): "A Palestinian View of the Accord with Israel". *Current History*. vol. 93, no. 580, pp 62-67.

La Nación. Trágicos Errores de Occidente. Suplemento de Cultura. 14 de abril de 2002, p. 2

Laurens, Henry. (2000): "Israel paga el precio por su guerra de fronteras". *Le Monde Diplomatique*. no.11, pp. 20-21

Le Monde. "Des Israéliens entre peur et arrogance". 4 de novembre 2000, no. 2713

Le Monde. "L'OLP déclare à nouveau vouloir proclamer unilatéralement l'État de Palestine". 8 juillet 2000, no. 2696

Le Monde. "Les déboires politiques s'accroissent pour le premier ministre israélien". 12 août 2000, no. 2701

Le Monde. "Fortes tensions au sommet de Camp David". 22 juillet 2000, no. 2698

Le Monde. "Le gouvernement d'Ehud Barak survit à deux motions de censure". 15 de juillet 2000, no. 2697

Le Monde. "Les opposants palestiniens peseront sensiblement dans la négociation". 15 de juillet 2000, no. 2697

Le Monde. "Réussir Camp David II" (Éditoriaux). 15 de juillet 2000, no. 2697

Le Monde. "Sommet à hauts risques à Camp David". 15 de juillet 2000, no. 2697

Lustick, Ian. 1994. "Reinventing Jerusalem". *Foreign Policy*. no. 93, pp 41-59.

Marcus, Jonathan. 1999. "Israel's Defense Policy at a Strategic Crossroads". *The Washington Quarterly*. vol.22, no. 1, pp.33-48

Massoud, George. (2000): "Fair Division, Adjusted Winner procedure (AW), and the Israeli-Palestinian Conflict". *Journal of Conflict Resolution*, vol. 44, no. 3, pp. 333-358

Michels, Jeffrey. (1994): "National Vision and the Negotiation of Narratives: The Oslo Agreement". *Journal of Palestine Studies*. Vol 24, Issue 1, pp. 28-38.

Morris, Benny. (2002): "Camp David and After: An Exchange. An Interview with Ehud Barak". *The New York Review*. vol.49, no.10, pp.42-45

Muslih, Muhammad. (1994): "Jericho and Its Meaning: A New Strategy for the Palestinians". *Current History*. vol. 93, no. 580, pp 72-77.

Norton, Augustus Richard. (1998): "Clinton's Middle East Legacy: A Scuttled Peace?" *Current History*. vol. 97, no. 615, pp. 3- 6

_____. (2001): "America's Middle East Peace Crisis". *Current History*. vol. 100, no. 642, pp. 3- 9

Odeh, Adnan Abu. (1992): "Two Capitals in an undivided Jerusalem". *Foreign Affairs*. vol. 71 no. 2, pp 183-188.

Peretz, Don. (1983): "*The Government and Politics of Israel*. Colorado": Westview Press

_____. (1993): "The Palestinians Since the Gulf War". *Current History*. vol. 92, no. 570, pp 32-36

_____. (2001): "Barak's Israel". *Current History*. vol. 100, no. 642, pp. 21-26

Perlmutter, Amos. (1994): "Arafat's Police State". *Foreign Affairs*, vol.73, no. 4, pp. 8-11

_____. (1995): "The Israel-PLO Accord Is Dead". *Foreign Affairs*. Vol 74, no. 3, pp. 59-68.

Robinson, Glenn. (2001): "Israel and the Palestinians: The Bitter Fruits of Hegemonic Peace". *Current History*. vol. 100, no. 642, pp. 15-20

Rodríguez Elizondo, José. (2001): "Conflicto israelo-palestino: estado de situación". *Revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile*, Nro 136, Octubre-Diciembre.

Roy, Sara. (2002): "Why Peace Failed: An Oslo Autopsy". *Current History*, vol. 101, no.651, pp.8-16

Roy, Sara. (1994): "The Gaza Strip: Past, Present, and Future". *Current History*, vol. 93, no.580, pp.67-72

Shaath, Nabil. (1993). "The Oslo Agreement. An Interview with Nabil Shaath". *Journal of Palestine Studies*. Vol. 23, Issue 1, pp. 5-13.

Shamir, Jacob y Shikaki, Khalil. (2002): "Determinants of Reconciliation and Compromise Among Israelis and Palestinians". *Journal of Peace Research*. Vol. 39.no. 2, pp.185-202

Shavit, Ari. *Entrevista al ex-Canciller israelí Shlomo Ben-Ami*. Ha´aretz. 14 de septiembre de 2001, pp. 1-16

Shikaki, Khalil. (1998): "Peace Now or Hamas Later". *Foreign Affairs*, vol.77, no.4, pp. 29-43

_____. (2002): "Palestinians Divided". *Foreign Affairs*. January/February.

Sin Autor. (1993): "The Peace Process. *Journal of Palestine Studies*". Vol. 23, Issue 1, pp. 104-124.

Sterner, Michael. (2000): "The Peace Process Revitalized". *Current History*. vol. 99, no. 633, pp. 3-9

Telhami, Shibley. (2001): "Camp David II: Assumptions and Consequences". *Current History*. vol. 100, no. 642, pp. 10-14

The Economist. (1999): "Back to Oslo, even Camp David". November 4.

The Economist. (2000): "Camp David Again". July 13.

The Economist. (2000). "Clinton, between Barak and Arafat". November 9.

The Economist. '(2000): "For Palestine, bring in Solomon". May 25.

The Economist. (2000): "Home from Camp David". July 27.

The Economist. (2000): "Limiting Camp David´s Damage". July 27.

The Economist. (2000): "The ballad of Camp David". July 20.

The Economist. (2000): "The distance between them". July 13.

The Economist. (2000): "Will Congress do its bit for peace?". July 20.

The Economist. (2000): "Jerusalem´s split sovereignty". September 14.

The Economist. (2000): "Make -or-break chance". June 29.

The Economist. (2002): "After the war is over", 13 April , pp.25-27

The Economist. (2002): "Lexington No schmooze with the Jews". April 6

Sitios en Internet

Gobierno de Israel: <http://www.israel.org>